

# **PAN Y APOLO.**

---

(MUSEO DEL VATICANO.)



---

# REVISTA MODERNA DE MEXICO



DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR, ARTÍSTICO, JESÚS URUETA

---

## NOTAS MUSICALES

### LA ESCUELA RUSA

La Escuela rusa encuéntrase ahora en plena juventud y en pleno vigor, pues su nacimiento data de un siglo escaso. Ciertamente que no pudo sustraerse la nación rusa, en épocas anteriores, al cultivo de la música, pero lo hizo con material de acarreo y subordinándose á influencias extranjeras en las que no intervenía el espíritu eslavo. Así es que si hubo primitivos compositores, tales como Volkoff y Berezowsky, en el siglo XVIII, fueron discípulos é imitadores de Paisiello, y por su falta de originalidad, solo pueden ser citados de pasada y á título de recuerdo histórico.

El músico ruso que fundó una precoz escuela musical rusa cuya independencia se afirmó cada vez más, fué Miguel Gliuka, nacido en 1803 y muerto en 1857. Un notable teórico berlinés, S. Dehü, reconoció en él, desde el primer momento, la originalidad nacional y le fortificó

en la idea de que compusiese música rusa. Su primer ensayo, la ópera, *La Vida por el Zar*, estrenada en San Petersburgo el 9 de Diciembre de 1836, fué un triunfo sin precedentes. A esta obra siguieron otras muchas, entre las cuales figuran una *Jota Aragonesa*, y *Recuerdos de una noche de verano en Madrid*, oberturas españolas escritas durante su estancia en Madrid y Sevilla, en los años de 1845 á 1847. De ellas, la primera, sobre todo, es muy conocida del público que asiste á los conciertos celebrados fuera de España. Buscó Gliuka largo tiempo, sin lograrlo, una clave para la armonización natural de las melodías nacionales rusas, armonización que él había encontrado intuitivamente. Al fundar la escuela musical rusa, utilizó todo el material técnico que similares trabajos del arte germano, italiano y francés

le habían dado, creado ya. Por esto la naciente escuela no tuvo que proceder por tanteos y ensayos para llegar, mediante perfeccionamientos y adquisiciones sucesivas, á un grado de superioridad técnica indiscutible, sino que se halló con todos los recursos conquistados y puestos á su servicio.

Sin embargo, lejos de subordinarse á influencias extranjeras, conservó una personalidad casi absoluta. Varias causas contribuyeron á ello. De una parte, su canto popular; de otra, *el no-profesionalismo* de sus compositores. El canto popular ruso llegó á adquirir un carácter particularísimo sin que interviniera, para lograrlo, ninguna dirección artística. fué un fruto sabroso que brotó naturalmente. De aquí estas melodías rudas á veces, á veces languidecientes, exóticas, para nuestros oídos de europeos occidentales, de las que Moussorgsky, sobre todo, ha sabido obtener un partido tan grande; melodías en las cuales el valor de lo pintoresco se une al de aquello que, para el folklorista, constituye un elemento vital en la comprensión de las corrientes artísticas por donde va encauzada la orientación musical de un país.

El *no-profesionalismo* de la mayor parte de sus compositores, hizo que no cultivaran la música en calidad de músicos exclusivamente, como los del resto de los países europeos, sino en calidad de *amateurs*. Son sabios, eruditos, instruídos en diversas ramas de la intelectualidad; conocen, además, las orientaciones musicales que se desenvuelven fuera de su país; poseen, por otra parte, una literatura, una religión y costumbres que difieren de las del resto de Europa. Gliuka y de Moussorgsky hicieron estudios musicales incompletos. Boroduse fué médico militar y después profesor de química; Cui, general del cuerpo de ingenieros; Rimsky-Korsakoff, almirante; Taneyef, diplomático; Tscháïkousky,

doctor en Derecho y empleado ministerial. Salvo el más grande, con Riwsky-Korsakof, de los compositores rusos, Bakiref, que hizo estudios completos y seguidos de su arte, los demás fueron *amateurs*. Y este no es el mejor modo de crear obras hondas é intensas, aunque algunas excepciones hayan producido artistas de la talla de Marcello, Schuman y Chausson.

Los hechos consignados determinan las cualidades características de la escuela rusa, cuyo resumen me da hecho Lucmary en el siguiente párrafo: «Perfección de la sencillez y de la facilidad de la melodía, llegando hasta á utilizar las canciones populares; cuidado de lo de lo brillante, de lo deslumbrante; del sentido bonito y material, nitidez de concepción, que llega á la facilidad excesiva en el desenvolvimiento; mezcla de liberalidad y avaricia en la construcción y en la utilización de una obra.»

Los compositores rusos apenas han escrito música puramente sinfónica, salvo algunas obras pertenecientes al género de la llamada de cámara y varias sinfonías y conciertos. Construyen sus sinfonías con sujeción al patrón clásico y frecuentemente vacían en ellas canciones populares, con lo que ostentan un carácter concreto, pintoresco, exterior y objetivo. En sus óperas, la forma clásica les sirve de modelo á casi todos, pues, salvo algunas tendencias recientes, aisladas y nada definitivas, no han seguido la fórmula del drama lírico wagneriano.

Parece que, en general, á los compositores rusos les falta la inspiración autónoma y que necesitan guiarse por un programa. Así es, que las páginas de mayor belleza que han producido son poemas sinfónicos, inspirados en asuntos históricos ó legendarios, y en cuya composición, la concreción del texto, suple la falta de invención musical independiente. En estas obras, muestran su tendencia colorista y realista.

A ellos se debe el *cuadro sinfónico*, género intermedio entre el poema y la *suite* sinfónica que aventaja, por su variedad, á aquél, y por su unidad, á éste. Es una *suite* de poemas sinfónicos encañados sin interrupción, á juzgar por la diversidad de detalles de sus motivos y su extensión desmesurada. Riveskykosakoff ha sido el más ferviente de sus cultivadores. Poé ha hecho notar que en el *cuadro sinfónico* no existe lo que se llama un largo poema por la incompatibilidad entre el interés poderoso y concentrado y su larga duración.

Por lo brillante y ruidoso de su instrumentación, los compositores rusos se aproximan á Liszt. Conceden una importancia grande á la batería y á diversos instrumentos aptos para producir sonoridades efectistas. El bombo, los platillos, el xilófono, el tambor, las campanas, gozan entre ellos de gran predicamento, sin embargo, su técnica instrumental está muy perfeccionada. Weber, Mendelssohn y Berlioz influyeron poderosamente en la escuela rusa cuando se hallaba en su crecimiento. Posteriormente, Wagner marcó las huellas de la personalidad rusa como sobre todas las europeas, con ese poder que ejerce el genio sobre los talentos.

Hay que tener en consideración un rasgo de la escuela rusa, por constituir un rasgo fundamental de ella. Es la facilidad poco escrupulosa con que sus autores modifican y transcriben sus obras. Hay sinfonías que han sido arregladas y reinstrumentadas tres ó cuatro veces; los temas de una obra reaparecen en otra; un *ballet*, *La nuit de Noel*, pasó á ser un *cuadro sinfónico*; un poema

sinfónico, *Sadko*, se convirtió en ópera. Se han llegado á juntar cuatro compositores para colaborar en la composición de una obra; tal se ve en *Mlada* ó en el célebre que aparece con el nombre de Beleyeff.

Las evoluciones sucesivas del arte musical ruso, que Marry las señala con una lógica tal, que son sus conclusiones de una gran verosimilitud. La música rusa se halla en un período descriptivo análogo al que determinó las producciones de Weber, Berlioz y Mendelssohn, de una parte, y de otra, Liszt, Saint-Seans y Lalo. Este movimiento descriptivo musical corresponde al movimiento literario que representaron Victor Hugo, Fantris y en seguida Leconte de Lisle y Heredia. Y así como en la Europa Occidental caminaron paralelamente la literatura (con Verlaine, Ibsen y Maeterlinck) y la música (con Strauss, D'Yndy y Debussy) en una dirección simbolista, de igual modo, el arte musical ruso avanzará por esta corriente, que ya comienza á cultivarse. Con ella, la instrucción técnica de sus compositores se perfeccionará, pero la espontaneidad, nota que caracteriza á este arte nacional, será desdeñada por trabajos pacientísimos para construir edificios sonoros ampliamente desenvueltos sobre temas de tres notas y motivos de significación simbólica y metafísica. Y entonces será de desear la existencia de algún compositor retrógrado que nos regocije con sus rapsodias nacionales, un poco ingenuas, un poco infantiles, pero repletas de sabroso jugo popular.

JOSÉ SUBIRÁ.



## A UN PROFETA

DEL LIBRO «TRIUNFOS»

Santa la poesía  
 que á los parias anuncia el nuevo día  
 y es tan consoladora!  
 A tu ensueño de bardo el sol ya sube:  
 el astro por vecino enciende aurora,  
 y desde abajo del confín colora  
 de topacio la nube.

Mas encorvas el pecho  
 y abates la cerviz. Nunca derecho  
 en surco el labrador que siembra el grano!  
 Creyérase que inclinas los tributos,  
 parecido al banano,  
 que dobla la cabeza con los frutos  
 y muere por servirlos á la mano!

Al ciego y al insano  
 brindas luz y razón, y al hambre á veces  
 multiplicas los panes y los peces;  
 y lloras amargura!  
 é imprecas y te corres!  
 y elevas los dos brazos, en figura  
 de templo que sublima un par de torres!

Y estímulos de pena  
 fecundan más la vena:  
 ondas acuden á la sed que abrasa;

tienen un surtidor en cada herida;  
y no al flujo de vida  
fierezas ponen con injurias tasa:  
el río bulle y se desborda y pasa!

Virtud ó vicio el estro  
saca del corazón dulce ó siniestro,  
é impulsa el himno deleitable ó torvo.  
Brisa cambiante que del medio asume  
el hálito en el sorbo!  
De mecer un jardín toma el perfume  
y de rasar un lodacero el morbo.

¿Laureles? No de iluso los demandes:  
ascensiones comienzan por caídas  
para las desmedidas  
envergaduras y los pesos grandes.  
Así de cresta de tajada loma  
el buitre de los Andes  
brinca y por un momento se desploma!

Buena la lid, si al cabo  
en el broquel del bravo  
la gloria brilla hirsuta de saetas;  
y propicio el volcán del horizonte,  
si nevadas y grietas,  
para linfas y vetas,  
dañan la cumbre y el estribo al monte!

La testa en la batida  
sacuda por penacho el pensamiento,  
halcón de garra hundida  
y ala fustigadora y pico hambriento!  
Y el hilo rojo salte,  
y el fúnebre lamento  
vibre, y el triunfo encone al gerifalte!

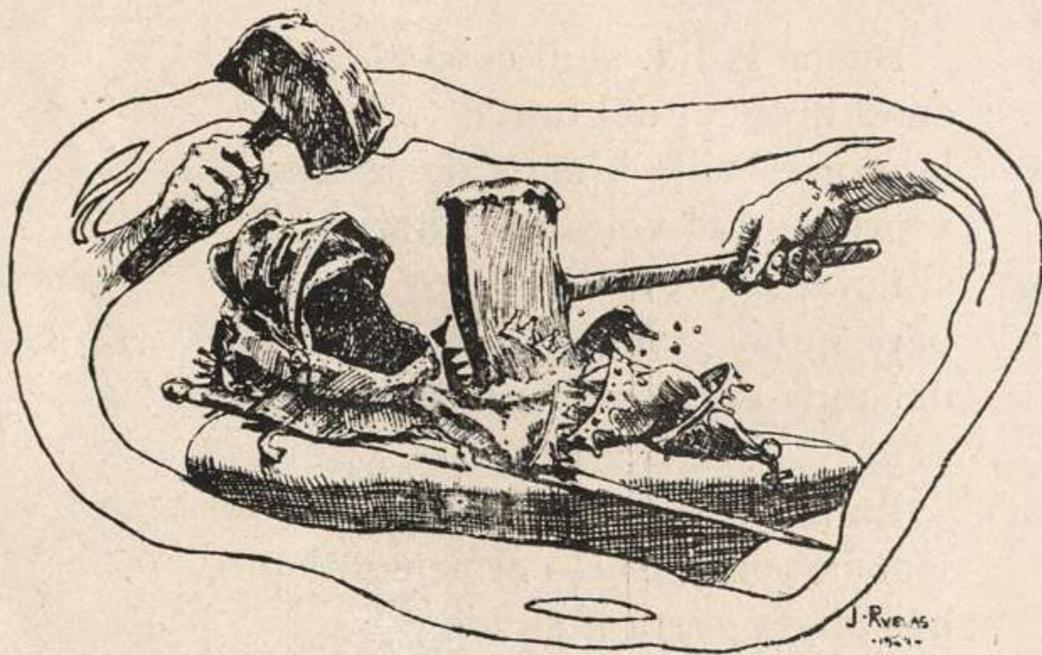
Pero no de la ira  
traigas á la canción chispa que prenda  
en la turba tremenda  
furor que acuse de maldad la lira.  
No al árbol de la senda,  
no á la encina sagrada el trueno enrosque  
llama que cunda por el viento al bosque!

En obscura contienda  
la bronca Rebeldía  
pugna con la implacable Tiranía.

Oh! que tu alma en su prez, hijo de Apolo,  
se ostente al mundo cual antorcha pía;  
y en la batalla de la fe y el dolo,  
arda y no queme, sino alumbre solo!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

Para "La Revista Moderna"





## PAISAJES SUIZOS (1)

### I

#### EL LAGO LEMAN

Estos paisajes suizos tienen un encanto singular. Desde nuestra ventana vemos el lago inmenso, rodeado de montañas diminutas y sonrientes, sobre las cuales resalta una floración de viviendas multicolores y pintorescas. El cielo claro y diluido, extiende su gran tul lleno de núcleos fosforescentes sobre el paisaje intenso, que escalona sus perspectivas en ángulos bruscos, como un panorama de cartón. La atmósfera, hecha de transparencias inmatrimales, pone entre las cosas su alejamiento y su penumbra, marcando con su presencia intangible los planos diferentes y estableciendo un escalafón de distancias dentro de la igualdad incommovible de la naturaleza... Como pequeños puntos blancos, surgen las velas de las embarcaciones que rizan las aguas azules, en una dis-

persión de escolares. La brisa tiene perfumes de fruta recién cortada. Los árboles describen curvas armoniosas bajo el oro diáfano del sol. Y de codos sobre la balaustrada de una torrecilla alegre, ó de pie sobre una meseta erizada de rosales, siente el viajero que se abre dentro de su corazón una nueva Suiza moral; que sus sentimientos cambian, que sus egoísmos se diluyen, que calla al fin el diablillo familiar que nos aconseja en las ciudades, y que, purificada ante el espacio libre, su alma triunfa y se eleva en armonía con la creación.

Más ágil, más ingenuo, más en contacto con los orígenes, el hombre sacude aquí la modorra de la vida artificial en que nos agotamos, y despierta á la verdadera luz con asombros de adolescente. Los intereses microscópicos y vanos que le fascinan se esfuman á la distancia; las preocupaciones subalternas, que juzga esenciales en los grandes centros, desaparecen ante otras antes desconocidas; y una personalidad nueva, vivaz, generosa y conciliante, se sustituye á la antigua, confirmando así la fragilidad de nuestras perspectivas interiores, y de-

(1) Del libro en prensa BURBUJOS DE LA VIDA.

jando sospechar que las pasiones y las costumbres se nos entran á menudo hasta el corazón por el camino de los ojos.

Cuando, llegada la noche, cobra el azul del lago un matiz obscuro y solemne, (cual si salieran á la superficie todas sus profundidades), y empiezan á brotar en la montaña los puntos luminosos y dispersos que denuncian la presencia de las pequeñas poblaciones agazapadas en las cimas, suspendidas en los flancos ó extendidas en las playas diminutas cuyo puerto infantil arbola orgulloso sus dos faroles de colores vivos, es innegable que se diluye en la atmósfera cierta placidez solemne que subyuga. Una luna grande sonríe desde el cielo, acribillado de estrellas. En el desvanecimiento de los colores y las formas, no se sabe si las nubes son montañas que bajan, ó si las montañas son nubes que se elevan. Algo indeciso y profundamente emocionante parece flotar en torno del viajero, al borde del camino irregular, que ciñe las aguas como un cinturón de arena. Del silencio profundo que amenaza petrificar la vida, surge como un silbido interminable y sutil.... Una embarcación microscópica atraviesa el lago á lo lejos con el ala tendida, dejando un surco celeste bajo la claridad de la luna.... Y como en el fondo de cada sér humano hay un poco de la melancolía triunfal y ensimismada de la noche, el poeta que duerme en el corazón del transeunte se siente atraído por analogías inexplicables, que lo confunden con la naturaleza y le obligan á hablar alto y á erigirse en voz de lo que le circunda.

## II

### LAS ROCAS DE NAYE

Del vaporcito parsimonioso donde los grupos pertrechados para atrevidas ex-

curSIONES conversan aturdidamente en todos los idiomas, bajamos en tropel á la pequeña ciudad alucinante, de casas multicolores y grandes jardines entapizados de narcisos, por cuyas calles blancas llegamos hasta el inverosímil funicular, casi perpendicular á la tierra, que va hasta los picos de color de rosa semivelados en la altura por el algodón gris de las nubes; y al instalarnos en el estrecho vagón, por las ventanillas del cual desfilan como en un cinematógrafo las rocas agrietadas, los bosquecillos de pinos y las floraciones salvajes de la naturaleza entregada á sus desbordes, sentimos que, con la brisa purísima de la montaña, nos hiere al punto un escalofrío interior ante la grandeza del espectáculo.

Describiendo inmensas curvas y enroscándose en las laderas de las colinas, avanza penosamente nuestro pequeño ferrocarril que, visto desde el lago, debe parecer una babosa rampante sobre una torre colosal. El panorama se ensancha, se obstruye, cobra lejanías prodigiosas ó se diluye en gris, siguiendo los recodos del viaducto voraz que trepa sin descanso devorando cimas, pero siempre resurgen los mismos cuadros de ensueño, los mismos paisajes cautivantes, que acentúan el asombro porque á medida que ascendemos, la naturaleza cobra mayor solemnidad, como á medida que nos depuramos moralmente se ensancha nuestra visión de la vida. Y en el deslumbramiento de las vastas quimeras evocadas por las moles que desfilan en torno, por el cielo impasible que parece elevarse á medida que subimos y por las diminutas poblaciones blancas que duermen en el fondo del valle como pájaros muertos, pasa una extraña fascinación que nos retiene y nos marea hasta que, llegados al término de nuestro viaje, una ráfaga de aire frío nos latiguea el rostro.

Desde la cresta triunfal que domina cuanto la circunda, como la ola más alta

de un mar fantástico, se abarca el escalonamiento de los promontorios oscuros que el sol crepuscular dora pálidamente en las facetas haciendo resaltar los ángulos y señalando los abismos que sólo cortan de tiempo en tiempo las águilas con su vuelo solemne y uniforme. Pequeñas nubes humilladas ambulan á nuestros pies rozando las florecillas salvajes que crecen en las grietas de los despeñaderos.... El cielo, obscurecido en oriente, coloreado de azul en el centro y atormentado en occidente por la agoría del sol que ensangrienta las cumbres, parece recoger los últimos dardos para romperlos sobre la nieve pertinaz que se ha mantenido en las arrugas de la roca á pesar de la sonrisa del estío. Y en la atmósfera ilimitada, en la soledad grave que le circunda, el excursionista

no puede menos de sonreír al ver como se desvanecen las visiones que trajo de las ciudades á ras de tierra y como se rarifican los círculos concéntricos de egoísmo que componen su medio habitual.

¿En qué piensa el viajero ensimismado que se ha detenido al borde del precipicio? Víctima de su orgullo, ¿imagina saltar de cumbre en cumbre, cual si tuviera las botas de siete leguas de nuestros cuentos infantiles? ¡O, vencido por la naturaleza, desfallece en su pequeñez y arroja su cetro de humo?... Sólo lo saben las águilas que, al huir quizá de la noche, le despiertan con su vuelo y le hacen retornar lentamente por las cuchillas y los peñascos hacia la lóbrega pequeñez de su vida.

MANUEL UGARTE.





## ABUELITA, LAS DOCE...

Abuelita, las doce. Son las doce, abuelita.  
Media noche. . . ¿y no vienes á tu rojo sitial?  
ya la voz de mis sueños ansias trágicas grita  
y no miro tu báculo trasponer el umbral.

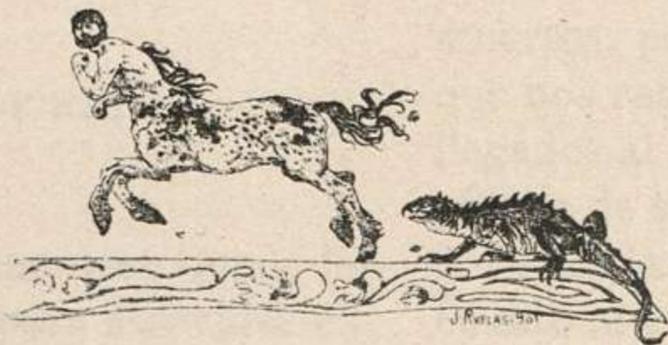
Ya los siete enanitos y la Caperucita,  
que sorprendiera el lobo en el camino real,  
no bastan, á mis años, para calmar mi cuita  
abuelita, abuelita, ven y cura mi mal.

Son las doce. . . y no vienes, y te aguardo ya en vano,  
esta roto el alcázar y extinguido el hogar,  
ya mis ojos no lloran al Ensueño lejano,

ya quisiera dormirme para no despertar. . .

Abuelita, abuelita, ven y dáme tu mano,  
abuelita, abuelita, ven á verme llorar. . .

RICARDO MIMENZA CASTILLO.





## UNA MARAVILLA EN LA CAPITAL DE LA REPÚBLICA

La estatua ecuestre de Carlos IV el Consentido, modelada por el insigne Manuel Tolsa y fundida por el olvidado Salvador de la Vega, exorna actualmente el arranque de la Calzada de la Reforma; pero hasta 1822 campó en el centro de la Plaza de Armas.

A favor de triste odisea, el admirable monumento escapó de patriotero vandalismo, digno de ser coleado; y en el patio de la antigua Universidad, que ahora resulta el Conservatorio de Música, se detuvo hasta 1852, y entonces pasó á donde se halla; mas no sin haber sufrido menoscabo, pues manos celosas del orgullo . . . azteca quitaron de debajo del corcel el aguila simbólica,—y no la emblemática aljaba, porque el bridón apoya en ella una pata.

La erección festejóse con extraordinaria pompa el 9 de diciembre de 1796, siendo virrey el Marqués de Branciforte, siciliano rapaz y desfachatado, que á su

matrimonio con la hermana del ninfo Godoy debía su elevación, y que, con dineros ajenos, que declaraba propios, costeó garbosamente el bronce prevaricador.

El cual en dicha celebración brilló por su ausencia, substituido por precioso simulacro provisional, que con habilidad suma Tolsa talló y doró en madera y estuco, y que, colocado sobre elegante basa en bonita glorieta contruída para la obra de aleación, lució representativamente su gallarda figura de romano César, caballero en valiente potro de sangre bética.

¡Qué espectáculo y qué olor y qué ruido!

Medallas de cobre *troqueladas* para la oportunidad, esparcidas por el mandón macarrónico y su conyugal mascota, extremaron el júbilo diurético del pulque ingerido en desaforado *vaseo* por la muchedumbre que, pestilente á orina de ganado cabrío, undulaba y hervía alrede-

dor de la defensiva balaustrada, en un estrépito de alaridos y huarachazos, en un *honguerío* de sombreros de petate, en un oleaje de sábanas gateadas de inaverguables vetas amarillas y pardas.

En el anverso de cada tejo numismático: los bustos de los monarcas; y una inscripción así:

CARLO. IV. ET. ALOYSLÆ.  
HISPAN. ET. IND. RR. AA.  
MARCH. DE. BRANCIFORTE.  
NOV. HISPAN. PRO-REX.  
C. F. ET. D. MEX. AN. 1796.

En el reverso: la estatua ecuestre; y una leyenda que repetía la grabada en las 4 lápidas del pedestal:

CAROLO. IV.  
PIO. BENEFL.  
HISPAN. ET. IN. REGE.  
MICH. LA. GRUA.  
MARCH. DE. BRANCIFORTE.  
NOV. HISP. PRO-REX.  
SUÆ. MEXICANÆQUE. FIDELIT.  
H. M. P.

En la catedral el arzobispo, revestido de los pontificales, cantó una misa; y el canónigo don José Mariano Beristain de Sousa predicó un sermón, que los léperos apellidaron «el del caballito.»

En 1799 corsarios ingleses apresaron la fragata «Asturiana,» que de Cádiz traía 90 quintales de calamina: la pérdida de tal material retardó el trabajo del vaciado.

El 4 de agosto de 1802 la magnífica escultura, alta de 5 varas y 24 pulgadas, hueca y pesando 15 toneladas, surgió completa al primer lance, en sitio de edificio que servía de asiento á un plantel de jesuitas: al Colegio de San Pedro y San Pablo.

Pulida en 14 meses y llevada al zócalo prevenido, la soberbia mole fué encaramada y fija en 7 minutos, el 29 de noviembre de 1803.

En el interior de ella cupieron holgadamente 25 hombres que para sacar el alma penetraron por un portillo de abrir y cerrar aparejado en la grupa.

¡Y que por poco no estuvo... en su lugar!

El gobierno anunció el estreno para el 9 del inmediato diciembre: día en que la coronada y ya inapetecible barragana de Godoy cumpliría 49 años, esa edad que Ninón de Lenclós conceptuaba la primavera de su gentileza, cuando octogenaria y verdiseca se entregaba, con aspavientos y plañidos de virginidad auténtica y apenas núbil, al abate Chateaufort, dueño de agallas mayores que las del pez que se tragó á Jonás.

El impermeable Beristain nos legó, en cierto ventoseo de retórica preliminar, curiosos detalles.

Copiamos lo que sigue:

«Se acercaba ya este deseado momento, y érase el 24 de noviembre, cuando «lleno yo, penetrado, entusiasmado con «mil ideas vivas, grandiosas y halagüeñas, ya de la bondad del Rey en haber «concedido á México el honor de su estatua, ya de mi fidelidad, amor y gratitud á los beneficios que he recibido de «su real mano; por una parte, el mérito «del señor Branciforte, principal móvil «de la gloria que goza México en este «monumento augusto, su generosidad en «haber erogado los inmensos gastos de «él, y mi reconocimiento á su persona; «por otra, la belleza, primor y perfección de la estatua, la pericia y acierto «del artífice; por otra, en fin, el alborozo público, la espectación general, la «inquietud alegre con que la capital y el «Reino esperaban ver la imagen de su «Soberano permanente y eterna;—todo «esto produjo en mí el pensamiento de «convidar á las Musas Mexicanas para «que celebrasen é inmortalizasen con sus «cantos los objetos que respectivamente «ocupaban ya la admiración y aplausos «de todo el pueblo.

«Inmediatamente dí parte y pedí el «permiso necesario al Exmo. señor Vi- «rrey don José de Yturrigaray para la «publicación de la oferta de seis premios «en los términos que se expresarán des- «pués. Y S. E., que se hallaba poseído «de las mismas ideas, pero de una mane- «ra mucho más sublime y casi inexplica- «ble, no solamente se dignó de aprobar «el pensamiento, sino que quiso solemnizarlo más, disponiendo que su secreta- «rio lo fuese también del certamen poé- «tico, y que los jueces celebrasen las «juntas de examen de las piezas y adju- «dicación de los premios en uno de los «salones del Real Palacio, como se veri- «ficó en la tarde y noche del 6 y maña- «na del 7 del corriente diciembre.

«El convite se publicó el 24 de no- «viembre en estos términos:

«Una persona, amante de las Bellas «Letras y de las Nobles Artes, ofrece á «las Musas Mexicanas los premios si- «guientes:

«1. \$50, ó una alhaja equivalente, á la «mejor *Inscripción Latina* á la estatua «ecuestre de Carlos IV.

«2. Lo mismo al mejor *Soneto* en elogio «de la bondad con que Carlos IV conce- «dió á México el honor de su estatua.

«3. Lo mismo á las mejores *Tres octa- «vas*, alabando la generosidad con que el «Exmo. señor Marqués de Branciforte «ha costado la estatua.»

«4. Lo mismo al mejor *Epigrama La- «tino* en alabanza de don Manuel Tolsa, «natural de Valencia, Director de Escul- «tura de la Real Academia de las Nobles «Artes, Artífice de la estatua.

«5. Lo mismo á la mejor *Oda Caste- «llana* de seis estrofas, elogiando la leal- «tad de los mexicanos.

«6. Lo mismo al mejor *Romance*, que «pinte la plaza, pedestal y estatua.

«Los que aspiren á estos premios, pon- «drán sus papeles; para el día 5 del pró- «ximo diciembre, en poder del Capitán

«don Rafael de Ortega, Secretario de «Cartas del Exmo. señor Virrey.»

»Los jueces serán los señores don Ci- «riaco González Carbajal, Oidor de esta «Real Audiencia y Ministro honorario «del Supremo de las Indias, Caballero de «la Orden de Carlos III; Doctor don Jo- «sé Mariano Beristain, de la misma Or- «den, y Doctor don Gaspar González de «Candamo, ambos Canónigos de esta Santa Iglesia, con los M. RR. PP. Doc- «tores Fr. Ramón Casaus, del Orden de «Predicadores, Catedrático de Teología «de la Real Universidad, y Fr. Melchor «Talamantes, Definidor General del Real «y Militar Orden de la Merced.»

Las grotescas y lamientes líneas inser- tas entre comillas pertenecen á lamenta- ble prólogo de un librejo papaveráceo que, impreso bajo los auspicios de Be- ristain, en la tipografía probablemente feudal del señor Mariano de Zúñiga y Ontiveros, sita á la sazón en la calle del Espíritu Santo, agavilla y guarda, para flébil memoria, las descomunales é infelices lagoterías llegadas al tribunal de archipámpanos, el cual, por excusa de Fr. Melchor Talamantes, funcionó inte- grado por el capitán don Antonio Piñero, tesorero de la Casa de Moneda y se- cretario de la Academia de las Nobles Artes.

La estrechez casi uretral del plazo de- jó fuera del concurso barberil á muchos faroles de Nueva-España; y queremos creer, para consolarnos, que, con ellos, á gente que no carecería de sindéresis ni de vergüenza, y que cogitabunda y pito- rreada andaría por aquella senda escondida que el Horacio castellano encontró con cantar sabroso aunque aprendido.

Solamente á los intonsos hijos de Apo- lo que de ardor pimpleo piafaban en el alfalfal parnasiano de la metrópoli, el promotor llamó á disputarse las recom- pensas, que tan mezquinas parecerán al que ignore los ditirambos galardonados,

como pródigas semejan á quien los conoce.

No nos atrevemos á reproducir las composiciones laureadas: el lector sagaz preferirá el suplicio de Lola en «Espinass de una Flor» al de enterarse: resignarásé á perecer asesinado por la hiel de la mirada . . . . . de un erudito.

El suspirado natal vino al fin como por el tenesmo del deseo: arribó en la fulgurante cuadriga del rubio Febo; y ¡oh ventura! la inauguración fué.

Ceremonias, salvas, repiques, pirotécnicas, apiñamientos, pisotones, sobaduras . . . . . la mar!

Y nada desmereció del servilismo de la época, ni del algodón en rama acomodado en millares de cajas craneanas, ni de la rutilante inconciencia de la chiquillería, nunca indiferente á mojigangas y bullas, ni del temple y el contento conferidos por el neutle á la plebe, siempre sitibunda del blanco y baboso licor incomprendido.

¡Qué ventas las del comercio, aun las de frutas, dulces y *carnitas*!

¡Cómo incitaban, trascendiendo á prinque combusta y boñiga indefecada, las tripitas chirriantes en la urente manteca, removidas con el largo y sucio trinchanté en la negra sartén, sobre el portatil fogón, establecido en un zaguán, ó al aire libre!

¡Cómo tronaban incesantemente los cohetes chinos, y á menudo los voladores, que goteando lágrimas de fuego hen-

dían el aura, épicamente hedionda á batalla!

¡Y con qué innegable facilidad cualquier petardo entusiástico apagaba cívicamente una *linterna* al transeunte colmado de satisfacción!

¡Qué gozo para una beldad cursi, el de ir con flamantes y crujidoras botitas, requetrada y pinturera, á través de un torrente de varones apretador y atrevido, exhibiendo, con el traje fiambre y la mentirosa pedrería, los toros faciales del albayalde y el bermellón, los ojos de azabache agrandados con trazos de tizne, las curvas de lira, los meneos de cacatúa descendida de la estaca y en marcha por el suelo!

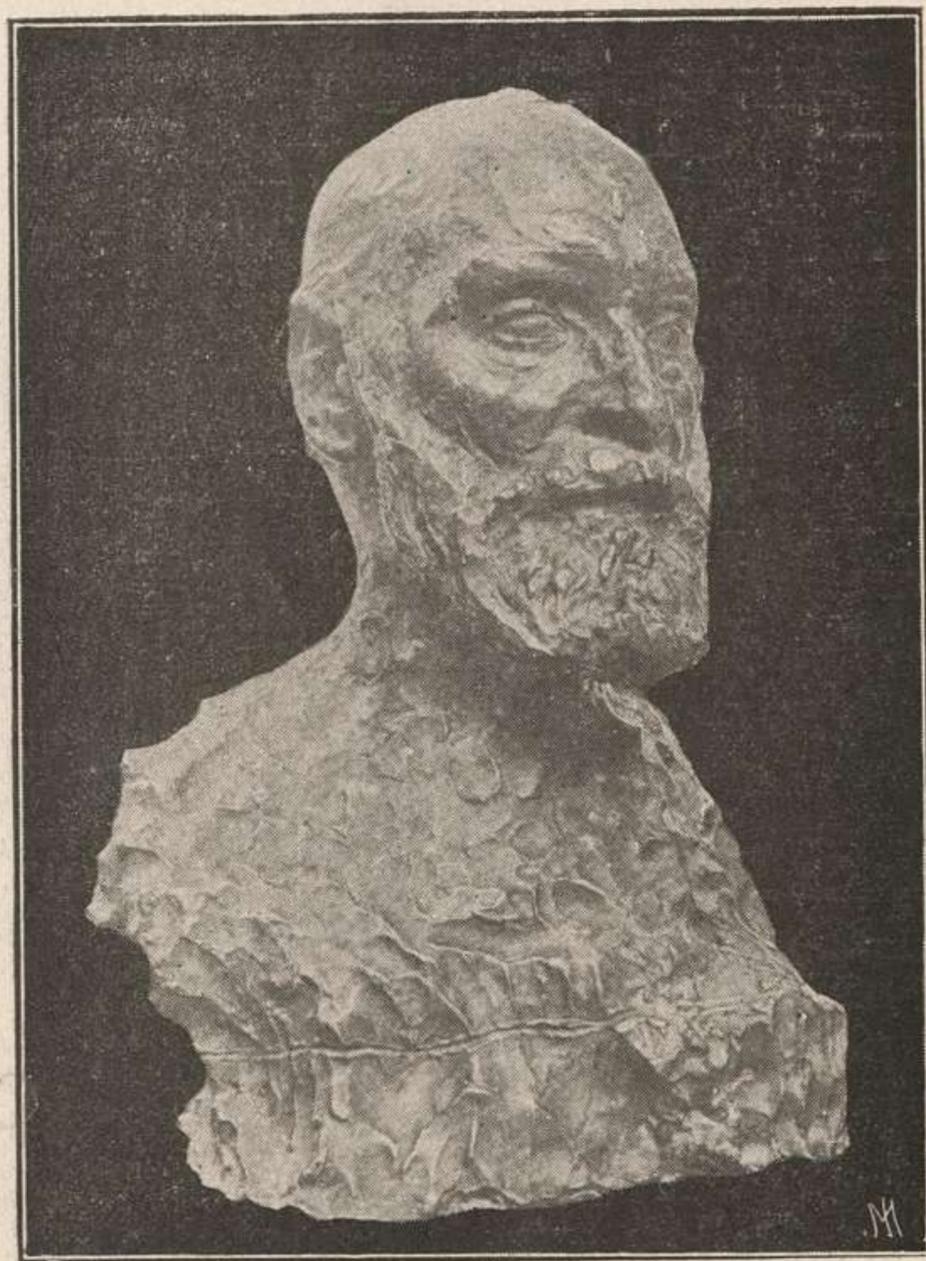
¡Y qué gusto para la viril y afrodisiaca tendencia á refregones y tocamientos ilícitos, que jamás desperdicia ocasión de manifestarse bravamente al abrigo del tumulto y la impunidad!

El inmenso Húmboldt, igual á los dioses, asistía resplandeciente y atónito; y consta que el sapientísimo berlinés dijo de la estatua ecuestre de Carlos IV: «que, exceptuando la famosa de Marco-Aurelio, excedía en hermosura y pureza de estilo á cuanto del género quedaba en Europa.»

Y el Sol declinó y cayó, á su pesar; y al punto el Ocaso propicio ostentó riquísima trapería roja y gualda; y luego la Noche plácida extendió un palio azul-oscuro, que chispeaba de lentejuelas.

SAMUEL GELB.





EL ESCULTOR GUILLAUME, POR A. RODÍN.



## MISTICA □

Para Carlota Werther.

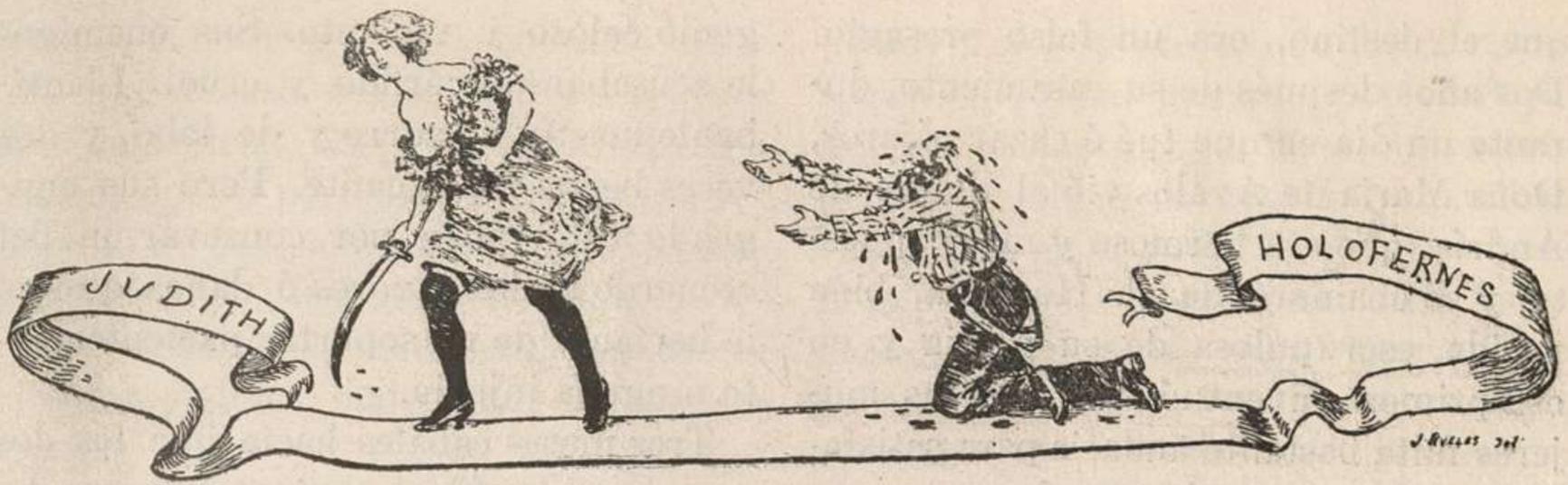
Una capilla inmemorial... El día  
se asoma con cautela á los cristales  
y echa sobre los místicos misales  
una sonrisa llena de alegría.

Hacia un confesionario, por la umbría  
nave, con pasos tardos, desiguales,  
llorosas las pupilas sepulcrales,  
cruza la Hermana Sor Melancolía...

Una mano invisible y sabia hiere  
el órgano que empieza un miserere  
lleno de angustia y de dolor acerbo;

y, apretando en los dedos el rosario,  
gravemente, para el confesionario  
va el padre confesor: Amado Nervo.

RICARDO MIRO.



## Historia de Doña María de Avalos y de Don Fabricio, Duque de Andría

A ENRIQUE GAUTHIER-VILLARS.

Done Marie d'Avalos, l'une des belles princesses du pais, Mariée avec le prince de venouse, laquelle s'estant enamourachée du comte d'Andriane, l'un des beaux princes du pais aussy, el s'etans tous deux concertez á la jouissance et le mary l'aya nt descouverte . . . . les fit tous deux massacrer par jens appostez; si que le lendemain in trouva ces deux belles moitez et criatures exposees et tendires sur le favé devant la porte de la maison, toutes mortes et froides, á la veue de tous les passants, que les larmoyount et plaignoyent de leur miserable estat.

(Pierre do Bourdeilles, abbé et seigneur de Branthome. Recred "des dares, secono partee.")

Hubo grandes fiestas en Nápoles cuando el príncipe de Venosa, rico y poderoso señor, se casó con Doña María de la ilustre casa de Avalos. Doce carrozas, arrastradas por caballos cubiertos de es-  
camas, plumas ó pieles figurando dragones, grifos, leones, linceos, panteras, licornios, paseaban por la ciudad á hombres y mujeres desnudos, completamente dorados, representando á las divini-

dades del Olimpo, descendidas á la tierra para celebrar las nupcias venosianas. Veíase en una de las carrozas á una joven alada, que tenía á sus pies tres viejas de fealdad repugnante.

Una tablita, colocada encima de la carroza, decía: El Amor Vencedor de las Parcas. Esto daba á entender que ambos esposos gustarían juntos dilatados años de felicidad. Pero este amor, más fuerte

que el destino, era un falso presagio. Dos años después de su casamiento, durante un día en que fué á cazar pájaros, Doña María de Avalos vió al duque de Andría, que era hermoso y muy apuesto, y se enamoró de él. Honrada, bien nacida, escrupulosa de su gloria y en esa primera juventud en que á las mujeres falta bastante audacia para satisfacer sus deseos, se abstuvo de enviar una dueña al gentil hombre para ofrecerle una cita en la iglesia ó en su casa. No quiso manifestar sus sentimientos y esperó á que su buena estrella le llevase al que, en menos tiempo del que se tarda en guiñar un ojo, le había sido más caro que el día. Breve fué su espera pues el duque de Andría, que la había encontrado hermosa, fué inmediatamente á rendir sus homenajes al príncipe de Venosa. Encontrándose en el palacio solo con Doña María, le preguntó con voz tan dulce como decisiva, qué estaba dispuesta á concederle. Sin demora le condujo ella á su cuarto y no le escatimó nada de lo que él deseaba, y cuando le dió gracias de haber cedido á su deseo, ella le respondió:

—Monseñor, ese deseo más era el mío que el vuestro. Y he sido yo quien ha querido que nos abrazásemos, como ha ocurrido, en ese lecho donde os seré propicia cuando gustéis venir.

Y, desde este día, Doña María de Avalos recibió en su cuarto al duque de Andría tantas veces como le fué posible, y lo fué con frecuencia, pues el príncipe de Venosa se iba cada momento de caza, y pasaba á veces semanas enteras divirtiéndose con sus amigos en una casa que tenía en el campo.

Mientras que Doña María estaba acostada con su amigo, su nodriza Lucía vigilaba ante la puerta, rezando el rosario y temblando sin cesar por miedo de que el príncipe volviese inesperadamente.

Era éste un señor muy temido por su

genio celoso y violento. Sus enemigos le acusaban de pérfido y cruel. Llamábanle mastín de zorro y de lobo, y dos veces bestia repugnante. Pero sus amigos lo celebraban por conservar un fiel recuerdo de los favores ó daños que se le hacían y de no soportar pacientemente ninguna injuria.

Tres meses cabales hacía que los dos amantes se veían y contentaban sus deseos sin percance ni temor, cuando una mañana fué la nodriza al cuarto de Doña María y le dijo:

—Escucha, perla querida; mis palabras no serán flores ni grageas, sino anuncio de un conflicto grave y terrible. Monseñor el príncipe de Venosa ha recibido malos informes sobre tí y el duque de Andría. Hace un momento que le he visto montar á caballo en el patio. Se mordía el bigote, lo que es mal indicio en él. Hablaba á dos hombres de mala catadura, y sólo he oído decirles: “Ved sin ser visto,” tal es la recomendación que les hacía el noble príncipe. Por desgracia, calló al verme. Mi hermosa perlita: tan cierto como que Dios está en el Santo Sacramento, si el príncipe te encuentra con el señor duque de Andría, os matará á los dos, y tú serás muerta ¿y qué será de mí?

La nodriza aún habló y suplicó largo rato. Pero Doña María de Avalos la despidió sin contestarle.

Como era primavera, se fué á pasear al campo con otras damas de la ciudad y, mientras iban por un camino bordeado de espinos floridos, una dama le dijo:

—Doña María, suele ocurrir que los perros siguen los pasos del viajero. Nosotras vamos seguidas por un gran perro negro y blanco.

La princesa volvió la cabeza y pudo ver á un fraile dominico que todas las tardes iba á tenderse en la sombra del palacio Venosa, y que, por el invierno, se calentaba en la cocina. Entre tanto,

viendo la nodriza que su señora no le hacía ningún caso, corrió á advertir al duque de Andría. Este gentil hombre tenía razón, por su parte, para temer que el secreto de sus bellos amores se hubiese descubierto. Viéndose perseguido la víspera por la noche de dos rufianes armados con pistolas, mató á uno de una estocada.

El otro pudo huir. El duque de Andría no dudaba ya de que los dos bandidos se los había enviado el príncipe de Venosa.

—Lucía, dijo á la nodriza; debo de temer grandemente el peligro, cuando conmigo amenaza á Doña María de Avalos. Dile que, con mucho sentimiento, no volveré á su cuarto en tanto que se aquieten las sospechas del príncipe.

La nodriza comunicó aquella misma tarde estas palabras á Doña María que las escuchó con paciencia y mordiéndose los labios hasta brotarle sangre.

Advertida de que el príncipe estaba á la sazón fuera, ordenó á su nodriza que fuese inmediatamente en busca del duque de Andría y de conducirlo á su cuarto. Cuando hubo llegado le dijo:

—Monseñor, un día pasado lejos de vos es el más cruel de los suplicios. Tendré el valor de morir. No tendré el valor de soportar vuestra ausencia. Conventría que no me amáseis si preferíais á mi amor cualquiera otra cosa del mundo, aunque fuese mi honor y mi vida. Escoged entre verme todos los días y no verme jamás.

El respondió:

—¡Sea en hora buena señora, puesto que para nosotros no puede haber hora mala! os amo como deseáis y más aún que á vuestra propia vida.

Y aquel día, que era jueves, permanecieron mucho tiempo estrechamente abrazados. Nada ocurrió de notable hasta el lunes de la semana siguiente que, tras la comida del medio día, el prínci-

pe advirtió á su mujer que iba con gran séquito á Roma, llamado por el Papa, que era pariente suyo. Y, efectivamente, una veintena de caballos esperaban enjæzados en el patio. El príncipe besó la mano á su esposa como solía hacer cuando se despedía para alguna larga ausencia. Luego, cuando hubo montado á caballo, se volvió hacia ella para decirle:

—¡Dios os guarde, Doña María! Y salió con su séquito. Cuando juzgó que estaban á ultramuros, la princesa ordenó á su nodriza que llamase al duque de Andría. La anciana le suplicó que difiriese un encuentro del que presentía daños.

—¡Paloma mía, no recibas hoy al duque de Andría! Durante toda la noche he oído á los criados del príncipe afilar las armas. Oyeme aún, florecilla; el buen hermano que acude á la cocina para recibir el pan cotidiano, acaba de derramar un salero con su manga; concede algun reposo á tú galan, pequeña mía. Así recibirás más placer en verle después, y él te amará más.

Pero Doña María de Avalos respondió.

—Nodriza, si no estás aquí dentro de un cuarto de hora, te remito á casa de tus hermanos, en la montaña.

Y cuando el duque de Andría estuvo á su lado, le acogió con ardiente alegría.

—Señor mío—le dijo,—el día nos será favorable y la noche más. Os retengo hasta el alba.

E inmediatamente diéronse besos y se prodigaron caricias. Luego, habiéndose desnudado, se metieron en el lecho y permanecieron abrazados tanto tiempo, que la noche les sorprendió en estrecho nudo. Entonces, como sintiera mucha hambre, doña María sacó de un cofre próximo una torta, confituras secas y un frasco de vino que había tenido buen cuidado de guardar. Cuando hubieron

comido y bebido á su sabor, haciéndose todo género de mimos, la luna se elevó y vino tan amistosa á la ventana, que desearon darle la bienvenida. Salieron al balcón, y allí, respirando el frescor del cielo y la dulzura de la noche, vieron revolver sobre la obscura fronda las moscas de luz. Todo callaba, excepto la estridencia de los insectos en la hierba. Luego se elevó de la calle un rumor de pasos, y doña María reconoció al fraile mendicante que frecuentaba la cocina y los patios del palacio, y que había encontrado en el camino florido por donde se paseaba en compañía de dos damas. Cerró suavemente la ventana y volvió al lecho con su amigo. Una hora hacía que estaban acostados y abrazados, susurrándose las más dulces cosas que jamás hubiese inspirado el Amor en Nápoles y en toda la tierra, cuando de súbito oyeron ruido de pasos y armas que subían la escalera; al mismo tiempo vieron una luz roja por los resquicios de la puerta. Y oyeron la voz de la nodriza que exclamaba: «¡Jesús, María, soy muerta!» El duque de Andría se puso de pie, empuñó la espada, y dijo:

—¡Venid, doña María! Es preciso saltar por la ventana.

Pero habiendo salido al balcón y colgándose fuera, vió que la calle estaba guardada y erizada de picas.

Entonces volvió al lado de doña María, que le dijo:

—¡Todo ha concluído! Pero no deploro nada de lo que he hecho, mi querido señor.

El repuso:

—¡Enhorabuena!

Y se apresuró á ponerse las bragas.

Entretanto, la puerta temblaba á impulso de los grandes golpes que ya empezaban á desquiciarla.

Y prosiguió:

—Desearía saber quién nos ha delatado y vendido.

En el momento de buscar el calzado cedió la puerta, y un tropel de hombres con armas y antorchas se precipitó en la habitación. El príncipe de Venosa iba entre ellos y gritaba:

—¡Sus, al galán! ¡Matadle! ¡Matadle!

El duque se colocó ante el lecho donde estaba doña María, é hizo frente á tres hombres que le acometieron (eran entre todos seis, capitaneados por el príncipe, y eran familiares ó criados.) Aunque cegado por el resplandor de las antorchas, el duque de Andría logró parar muchas estocadas, y devolverlas formidables. Pero habiendo tropezado con la vajilla que estaba en el suelo con los restos de la torta y de los dulces, cayó de espalda. Una espada se le posó en el cuello, él la cogió con la mano izquierda; el hombre le cortó tres dedos al retirarla, y el acero quedó roto. Y como el duque de Andría se sustentaba en la espalda para incorporarse, uno de los agresores le dió tal tajo en la cabeza, que le hizo saltar los huesos del cráneo. Los seis hombres se arrojaron entonces sobre él, y le remataron con tanta precipitación, que unos á otros se herían.

Hecho esto, el príncipe de Venosa les ordenó que estuviesen quietos; y, dirigiéndose hacia doña María de Avalos, que hasta entonces había permanecido al borde del lecho, la rechazó con la punta de su acero hasta un rincón de la pared donde estaba el gran cofre de su casamiento. Y, teniéndola allí acorralada, le dijo:

—¡Puttana!

Ruborosa de verse desnuda, quiso recoger una cubierta que colgaba del lecho.

Pero él lo impidió dándole un pinchazo que le rasgó el costado.

Entonces, adosada al muro, esperó velándose con los brazos y las manos.

El no cesaba de exclamar:

—¡Puttacia!

Y como no la mataba, la mujer tuvo miedo.

El lo comprendió y le dijo con alegría:

—¡Tienes miedo!

Pero, indicándole el cuerpo inanimado del duque de Andría, le respondió ella:

—¡Imbécil! ¡Qué quieres que pueda temer ya!

Y para perder su aspecto asolado, procuró recordar una canción que cantaba de soltera, y se puso á tararearla.

Furioso el príncipe al ver que se le burlaba, le pisó en el vientre, gritando:

—¡Ah! ¡Sporca puttacia!

Ella cesó de cantar y dijo:

—Señor, hace dos años que no he confesado.

Al oír esto pensó el príncipe de Venosa que si moría condenada, podría aparecerse durante la noche y llevarse-lo al infierno. Y le preguntó:

—¿Queréis un confesor?

Ella reflexionó un momento; luego movió la cabeza:

—Es inútil. No puedo salvar mi alma. No me arrepiento. No puedo. No quiero arrepentirme. ¡Le amo! ¡Le amo! Dejádme morir en sus brazos.

Bruscamente desvió la espada, se arrojó de un salto sobre el cuerpo ensangrentado del duque de Andría y lo retuvo en fuerte abrazo.

Viéndola así, el príncipe de Venosa perdió la paciencia que hasta entonces había conservado para no matarla hasta después de hacerla sufrir.

Y la atravesó de parte á parte con la espada. Ella gritó: «¡Jesús!», rodó sobre sí misma, se puso en pié y tras una pequeña sacudida de todos sus miembros, cayó muerta.

El la hirió insistentemente en el vientre y en el pecho. Luego dijo á sus criados:

—Arrojad estas dos corroñas al fin de la escalera de honor; abrid de par en

par las puertas del palacio para que se conozca la venganza al mismo tiempo que la afrenta.

Y dispuso que el cadáver del amante se despojase como el otro.

Los criados hicieron lo que se les ordenaba. Y todo el día permanecieron al fin de la escalera los cadáveres desnudos del duque de Andría y de doña María. Los viandantes se acercaban á verlos. Y habiendo circulado por la ciudad la noticia de ambas muertes, un tropel de curiosos se aglomeraba ante el palacio. Unos decían: «¡Bien hecho!» Otros, el mayor número, sentíanse movidos de piedad ante espectáculo tan lamentable. Pero no osaban deplorar á las víctimas del príncipe, temiendo ser castigados por los criados que guardaban los cadáveres. Los jóvenes exploraban en el cuerpo de la princesa restos de la belleza que había ocasionado su pérdida, y los chiquillos se daban explicaciones de lo que veían.

Doña María estaba tendida de espaldas. Los labios se habían contraído; enseñaba los dientes y parecía reír. Sus ojos estaban muy abiertos y blanquísimos. Se le contaban seis heridas: tres en el vientre muy inflamadas, dos en el pecho y una en el cuello. Esta sangraba abundantemente y los perros venían á lamerla.

Al caer la noche ordenó el príncipe que, como en los días de fiesta, se colocaran antorchas de resina en los anillos de bronce adheridos á los muros del palacio, y se encendiesen grandes hogueras en el patio para que pudiera verse á los criminales. Una viuda piadosa llevó á media noche algunos lienzos para tapar los cuerpos. Mas por orden del príncipe fueron en seguida descubiertos.

Habiendo sabido el Embajador de España el indigno trato infligido á una dama de la casa española de Avalos, acudió en persona para rogar al príncipe de Venosa que cesara inmediatamente en

aquel ultraje que ofendía la memoria del duque de Pescara, tío de doña María, é indignaba en sus tumbas á tantos grandes capitanes de que la dama procedía. Pero tuvo que retirarse sin conseguir nada. Con este motivo escribió á Su Majestad Católica. Los cuerpos persistieron expuestos vergonzosamente. Hacia el remate de la noche como ya no

acudían curiosos, se retiraron los criados.

Un fraile dominico que había esperado ante la puerta todo el día, se deslizó hasta la escalera á la luz humosa de las agonizantes antorchas de resina, subió hasta la grada en que yacia doña María de Avalos, se arrojó sobre el cadáver y lo violó.

ANATOLE FRANCE.



# DAMAS DISTINGUIDAS DE QUERÉTARO



SRITA. DOLORES ARRUÉ.



## DE MIS ANSIAS OCULTAS.

I

### VOLUNTAD.

Alcanzará mi corazón el alto  
bien de una desolada y blanca cumbre,  
donde no arda infinita incertidumbre,  
ni queme misterioso sobresalto.

Lo alcanzará.... creyendo que en asalto  
heróico, será ciego en un deslumbre  
glorioso.... y callará su pesadumbre,  
como el más negro bloque de basalto.

Y allí sabrá tan sólo del hastío  
sagrado de las santas soledades;  
y, sereno y glacial, mudo y sombrío,  
mirará frente á frente las verdades,  
mientras soplen un frío, cual mi frío,  
tempestades, como mis tempestades.

II

### A UNA EXTRAÑA AGUILA DE DOLOR.

¡Oh, águila de mi sueño y mi esperanza,  
que naciste en el nido más secreto  
y más solo, en la paz del esqueleto  
de la montaña muerta en lontananza!

Tú, la de majestuosa confianza,  
que con pupila ardiente en bravo reto,  
miras al sol cuando en el día quieto,

como un emperador solemne, avanza;  
bate sobre mi frente tus bizarras  
alas, cuya sombra ya has cubierto  
mi espera mística; y si al fin desgarras  
mi espíritu dormido como un muerto,  
toma á mi corazón entre tus garras  
y llévalo á tu altísimo desierto!

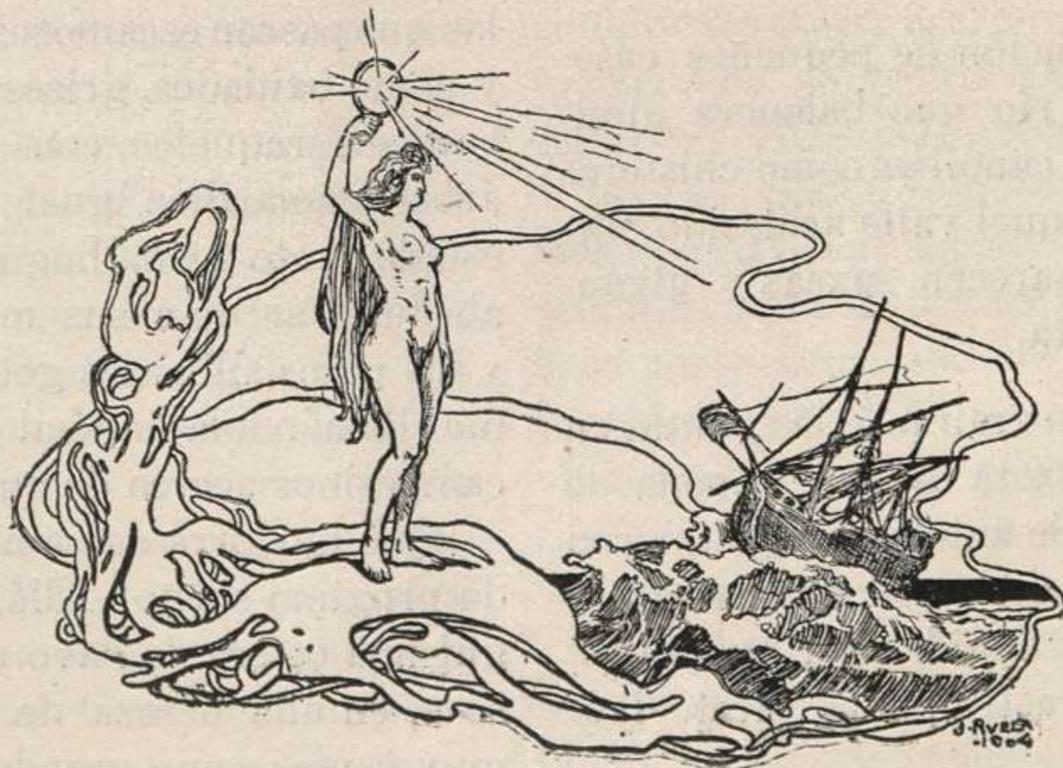
## III

## PRESAGIO.....?

¡Visión triste y tremenda....! Con enorme  
rumor, como el sonoro y gran indicio  
de una avalancha, á escape en el suplicio  
del vértigo fatal roca deforme,  
de una cima de un cruel blanco uniforme,  
cae.... y, como lanzada á un sacrificio,  
rueda de precipicio en precipicio,  
siniestramente impávida y conforme....

Y un asombro de cumbres, consternado,  
padece en las tinieblas de la inerte  
noche en que muere un cielo fatigado....  
¡Pero mi corazón quiere ser fuerte,  
magüer esté el caído, condenado  
á rodar y rodar de muerte en muerte....!

ROBERTO ARGUELLES BRINGAS.





# CUENTO DE NAVIDAD

## Almas silvestres

A JOSÉ MARÍA LOZANO.

Entre brumas temblorosas los aovados lomeríos simulan respirar; novillos y terneras descansan rumiando zacatones que como tumores movibles hinchan sus cuellos nervudos, y golpeando al correr los esféricos guijos del canchal, que fingen grandes ojos pétreos que vanamente aguardan órbitas, toros y bueyes mugen brillando al sol ardiente como recién mojados.

Una peregrinación de pequeños case-ríos se dirige al río que balancea diminutas y frágiles canoíllas como chisteras flotantes, y en aquel valle aridecido, cerros y montes parecen saxeas y gigantes olas violeta.

¡Cuán pequeñas míranse las yuntas en la inmóvil cabezota gris y rapada de aquella colina! Se antoja que rompieron algún carro chirriador en alevosas é inevitables trampas fingidas por quebrajas, y aun vienen arrastrando la fuerte lanza del arado.

A orillas de zanjones, acahuales marchitos que sacude la brisa, niegan tenazmente inaceptable afirmación desconocida, y flores amarillas y estriadas de árnica, lucen profusamente como áureas onzas caídas de alguna rota escarcela. Y al mundo valle salobreño se ocurre que salieron á fachendear meneándose garbosamente, dos ó tres florecidas y débiles caléndulas; y entre rocas, sobre las que pasean escamosos lagartos verdes y como oxidados, grises nopaleras muestran sus raquetas con púas. Están los árboles amarillos igual que si hubieran estado junto á una hoguera; esmirriados abedules arrojan sus monedas de plata, y los pinos silbantes gotean piñuelas como llamándola indócil atención de los campesinos acerca de aquella roñez.

¡Qué modorra de campos y qué flojera de próximo sueño! Allá, muy lejos, larguísima estera de flavo césped y grama seca, en una pereza de millas; y aquí, muy cerca, como grandes colmenas gri-

ses, ateridas chozas pegándose á la selva.

¡Y qué frio más picante! Gorriones amodorridos y esponjados, el pico bajo el ala, semejan flores del mismo cardo marchito que les soporta. En arenosos carriles hacen los vientos efímeros rehiletos, ó asustando á los rapaces, soplan en las puertas pegando la boca en los resquicios.

En los caminos temblotean pajazas, ocurriéndose dudar si los mueven brisas ó algún forzado escarabajo, y viendo esta desolación, se piensa en poblachos de zonas tropicales, florecidos quizás, porque á ellos fué la flora de todos estos prados en inverosímil y rápido trasplante.

Ya de noche brillan las rancherías como fuegos de campamentos vigilantes, y en las míseras casuchas ¡qué lumbrizadas levanta el desbroce de los árboles, y cómo emborracha el calorcillo y aquel aroma de liquen! Dormitan fuera los pereznos, y en las horquetas de los saúces soplan los buhos sus calabazos vacíos. Si no acude pronto el sueño, ruidos nocturnos traen supersticiones, fábulas mendosas y extravagantísimas interrogaciones. Las umbelas perfumadas de muchos vegetales silvestres apriétanse atemorizados cuando pasa una nube. . . . ¿Y por qué? . . . ¿Hay relación entre el fusil leproso y la mirada socarrona del coyote que impida en la cazoleta la deflagración de la pólvora? . . . . ¿Obedeciendo á órdenes que sólo ellos escuchan se dejan rodar los pangolines por empinados pedriscales cuando cae la nieve? . . . ¡Ah y la torpe forándula del cerdo con sus cuatro espuelas córneas, soplando su trompa y produciendo al correr sonido de barril repleto de onzas! . . . . ¡Qué sandeces inspira la noche en las campiñas! Eso sí, el frio del amanecer adormece y quema los dedos! Cuando la neblina como un toldo inmenso se vá diluyendo

en el ambiente agrisado, parece que sobre planes, en lomas, en bigotes de rucios abellacados, sobre caras y lomos de toros abantos, miriadas de arácnidos han tejido su red, quizás por atrapar en su cristalina urdimbre alguna estrella sonámbula.

Todavía yerran dispersos algunos jirones de niebla prendiéndose á hoyameles que incrustan de diamantes, y ha empezado ya en las eras el desgrane de maíz á fuerza de palizas.

Sobre cuatro bancos destrozados y rencos, está el bastidor agujereado y enorme de cuero crudo; allí, montones de mazorcas de granos traslúcidos, y en redor, trabajadores en actitudes amenazantes con gruesas porras como brazos que han agarrado por las muñecas, á una voz acompasadamente descargan su inocente coraje sobre aquel acervo de panojas. Llueve á chorros la criba ebúrneos granos, y vientos hipócritas que parecían estar en acecho, se cuelan entre las piernas de los trabajadores hurtándose el tamo que sale como blanca humareda, que concretándose un poco más lejos, se acuesta en la tierra nevándola. ¡Qué músculos! Cinco fanegas y un almud en una mañana! Aquel de pechazo guijarreño como encuentro de potro, parece con bieldo brillador en la mano, un Júpiter en calzones; esotro de ceñidor de otate, aceza como buey, y este caribobo de pantorrillas duras como puños coléricos jadea como fuelle.

No hay vuelos de golondrinas de afiladas y curvas alitas como guadañas diminutas, pero dispersos y espionando mañosamente ocasiones de robo, cuervos jesuítas como ídolos de obsidiana, manchan los barbechos, mientras en trojes pardiscas, parvadas de tordos rechinan sus carracas,

¡Y qué menudear de porrazos! Como que Navidad se acerca y no han de faltar en las chozas cazuelones sangrientos

con remolacha en rodajas, confites cacarizos, jícama jugosa, corazones de lechuga riza y tostado maní. Ya en los ventorros del puebluco se balancean rescos bacalaos que fingen pecheras de cuero, al frente oscilan velillas y blandones como tubos abollados de un gran órgano, y anchas ruedas de cohetes como émbolos sucios.

¡Señor, de palurdos que aún bajo sol canicular están en plática perenne con la gleba, no viertas fuego en las espaldas agobiadas por fardos de infinito desdén; abre tu palio misericordioso! Y en almas zahareñas de picaruelos que ni aún desuelados zapatitos tienen que dejar en el fogón, infunde amor al terruño, á la nébula errante, y al cementerio que guardan los huesos de sus padres. ¡Eso es la Patria!

\* \*  
\*

¡Qué arrogante está Vicentillo con su aquillado sombrero de paja! En un rincón de la era, mujeres y chiquillos apartan mazorcas de podridos dientes vaciándolas en banastas, y entre la inocente albórbola de aquella gente atarcada, Juana, esposa de Vicente, ríe alegremente, bobalicones los ojos de puro tiernos fijos en él. La madre de Juana trabaja con dulce placidez á su lado. Los tres y el bribonzuelo nietecillo, viven al borde de un barranco que sombrean nogales y olorosos cedrones, y en cuya puerta que custodia pitañoso perro jabaluno, en primavera brillan girasoles y dalias. Dentro el camastro de tablas duras, en los muros, San Isidro, un machete roñoso, cuernas de ciervo cuyas raspaduras quita dolores de muelas, y en suspenso tablón, jarrillos y legumbres. Al fondo, la cuna formada con pedazos de cuero que fué criba, y en ángulo de paredes hollinadas, el hogaril, que constantemente atizado hace vomitar al hollón de barro trepado en grandes piedras, coles y arroz.

¡Claro, se ha trabajado fuerte por ser víspera de Navidad! ¡Cómo se ha de quedar el pillete sin el gabán de grueso estambre rojo que luce en la tienda del gachupín trapacero que siempre está echando millonadas por la boca maldiciente! Y además, siquiera una botellita de infusión de pasas con marbete llamativo de Jeréz, para quitar la sed producida por el pescadillo salado, y las ruedas de pan basto salpicadas de queso añejo y borrachas de miel.

¡Sobre todo el gabán! Cuando abra el rapaz los ojos adormilados, se le dirá que los ángeles... que Dios... ¡A ver cómo se le explica! ¡Es tan chiquillo!...

¡Pobres gentes, ricos labriegos que ignoran rascaciones de anhelos punzantes y uñaradas tremendas de ambiciones sórdidas! Sí, sí os lo juro, tendreis Navidad!

\* \*  
\*

Está profundamente silencioso y diáfano el ambiente; alentar creyérase bajo la transparencia de una campana de cristal. Friolento remusgo besa los carrillos trayendo aromas de té silvestre y marchita pimpinela, y se antoja que la campiña toda está meditando y anegada en olvido. Un abejarrón pasa quemando su invisible cohete, y de vacadas mugidoras se oyen profundos reclamos; en bezanas felposas rocines y burruchos tristes y espelurciados desgadamente pacen, y en alto, como parvadas de cometas retenidos por aquellos arrapiezos boquirrotos que juegan y se tumban en la monótona y triste llamada, giran lentamente zopilotes crucificados y grandes auras de rojos picos de cautín. Vense muy lejos ventas polvosas de paredes cacarañadas al constante y fiero restregón de muladas flacuchas que soban sus irritaciones causadas por tábanos, y en cuyas puertas se columpian candilejas turbias á pulgaradas como pupilas ebrias, y gruñen en los macheros

destechados, cerdos de trompa seca como agujereado círculo de vaqueta, gallinas botudas y tres ó cuatro carneros mugrosos y atediados.

¡Todo ruido se dilata en este ambiente: aúllos de cañes, cacareos de gallinas, rastrallidos de chicotes! ¡Qué tristeza de valle abarrancado!

—Hasta aquí llegan los menudos hachazos de Vicentillo. Esta noche no han de faltar en la choza fogaradas que radíen azarconadas luces: crústulas de anacahuite, rajadas de madroño, seroja.... ¡Vamos! Ya se oirá el vocejón del Bóreas que pide calentarse. ¡Bienvenido, que pase y tiritando se tuerza, estregue y revuelque alhagado en tizonas y rescoldos, mientras recuerdos dulcísimos se van derritiendo en los espíritus como aromática resina!

¡Y quién duda un momento de la ligereza de Vicentillo! Pronto bajará del monte con su lígula de buey cinchándole la frente y el gran tercio de leña á las espaldas. ¡Qué importan pinchos de agavanzos engarfiados y dolores de ijada! Le aguarda ya el mocozeulo espatarrado que sonrío á su madre grande que aplaude sus picardihuelas, y eso basta. En su casa el arrapiezo es monarca y sabe soberanear. ¿Con él azotainas?... ¡Psh!

\* \*  
\*

Juana fue á Villahelada por el gabán escarlata. Vicentillo ha llegado y ella no parece aún. El camino aculebrado se borra, y ni señal siquiera del rostro jalde y enorme de la luna. Entretúvose tal vez diciendo un rezo por su Vicentillo, en ver los ígnitos altares de la iglesuela, las trémulas hiladas de gorgoriteantes silbatos incendiarios pañuelos, enmaldos cestones de dátiles y tiendecillas

de floreadas cretonas. A uña de caballo devoran el camino rezagados campesinos; enciéndense chozas, empieza el jugueteo de cohetes y el fugaz barbujeo de las estrellas.

¡Bah si ya viene muy cerca! ¡Y qué talonear se trae la Juana seguida del perro que la colma de arrumacos! En la diestra el gabancillo estambrado, y en la otra el paquete de tabachín para que pronto llegue la señora. ¡Vaya con los perros que se insultan á distancia! ¡Cobardones, cítense allá en barbechos lampiños y rómpase los hocicos!

¡Quieto, Juana dice al jabaluno que ladra escandecido! ¡Quieto! Empujó la puerta de la choza que giró sobre crudas correhuelas, y salió una voluta de humo azul como queriendo taparle las pupilas. Vicentillo y la madre de Juana unidos en el beso de un amor impuro, abrazándose dormían, y el niño también dormido, con los bracitos en cruz parecía separarles. ¡Ah! ¿porqué barrancos ó verdoyos que alisan peñas no hicieron resbalar sus pies para que se rompiera en su aspereza la frente? Ella que jamás dió abrigo á descariños, que guardó fidelidad, que tanto gimió por las citas con su Vicentillo en aquel manchón de sardones, sintió que oprimían su pecho, que golpeaban sus oídos, y loca de rabia infinita tomó la porra barnizada por el uso, descargándola sobre aquel hombre que había sido su vida. Desvió la cólera el golpe, y el niño siguió durmiendo....durmiendo para siempre!....

Pero tuviste en Navidad, ¡oh picaruelo, un gabán escarlata: tu pobre blusita de manta, teñida con tu sangre!....

ABEL C. SALAZAR.

# DAMAS DISTINGUIDAS DE QUERÉTARO



SRITA. CONCEPCIÓN RUBIO



## En la Apoteosis del poeta José Peón y Contreras

“Cuando las hijas del Gran Júpiter, (las Musas) quieren honrar á un privilegiado mortal, amigo de los dioses, vierten en su lengua, al nacer, precioso bálsamo, y las palabras manan de su boca más dulce que la miel.”

HESÍODO.

### I.

Entre las cuerdas rotas  
de la trémula lira septicorde  
yazga sin voz el funerario acorde,  
duerman en paz las plañideras notas.  
Ni desmayadas quejas ni gemidos  
se exhale de los pechos doloridos  
para llorar con fúnebre quebranto.  
¡Alcemos un hossana en nuestro canto!

### II.

Dejad en paz las flores  
que exornan fulgurantes los verjeles  
amasando fragancias con las mieles  
que brindan en sus copas de colores.

Reservad las guirnaldas olorosas  
para altares de vírgenes hermosas,  
ó para honrar la espléndida hermusura  
cuya vida de flor tan poco dura!

## III.

Id al bosque sagrado  
en jubilosa marcha. Traed sólo  
ramos del árbol que el divino Apolo  
dejó para la gloria consagrado.  
Tejed coronas con el noble emblema  
de la vida inmortal, de la suprema  
vida que esculpe con amor la historia....  
¡Y venid á esta fiesta, que es de gloria!

## IV.

No acalléis los acentos  
de las aves que bullen en las frondas  
mecidas dulcemente por las ondas  
invisibles y aladas de los vientos.  
Dejad que entre los árboles floridos  
con trasportes de amor labren sus nidos;  
que se desborde el canto en la floresta  
en animada y vibradora orquesta!

## V.

Dejad que se compendie  
la vida en un albor: el de la Aurora!  
Dejad que el astro que las cumbres dora  
con vivos rayos el zenit incendie.  
Dejad que corra el plácido arroyuelo  
canoro, musical, copiando el cielo.  
Dejad que el mundo alborozado cante:  
¡que el alma se ilumine y se levante!

## VI.

Si hay himnos en las ramas,  
dejad que digan que la vida es fuerte  
y que triunfa la vida de la muerte  
cuando la vida es luz de vivas llamas.  
Dejad que Dios en el zafir nos mire  
y que este canto con su luz inspire:  
por Dios la vida luminosa es fuerte  
y triunfa de las sombras de la muerte.

## VII.

No aquí la tumba helada,  
el inerte despojo miserable,  
mañana estéril polvo deleznable  
mueve el raudal del alma desolada.  
No el tierno llanto en que el dolor se anega,  
cabe el triste sepulcro nos congrega;  
es la resurrección que se atavía  
con nuevas galas, como nace el día!

## VIII.

Es la gloria que canta  
con dulce voz de mágica sirena:  
que el aire vago con sus notas llena,  
que sobre la miseria se levanta!  
Es el humanano pensamiento altivo  
que surge de la muerte redivivo....  
La idea-luz que en canto se deshace  
y de la noche, como el sol, renace!

## IX.

Es la ascención gloriosa  
del verbo que fué música con alas  
á las excelsas y radiantes salas  
de la inmortalidad esplendorosa.  
Es el deslumbramiento soberano  
de los lóbregos ojos del arcano  
que ve brillar sobre la tumba fría  
una mágica luz: ¡la Poesía!

## X.

Es el genio que se alza  
en brillante eclosión sobre la escoria  
y desde el trono que le da su gloria  
escucha el himno que su gloria ensalza.  
Es el triunfo de todo lo que vuela  
dejando luz y aromas por estela,  
dejando amor y ritmos como rastro....  
¡Es el orto magnífico de un astro!

## XI.

En esa edad sencilla,  
en la infancia gentil del pensamiento,  
la admiración del hombre tuvo asiento  
en el sol, en la estrella, en cuanto brilla.  
Era el sol la pupila luminosa

del Gran Genio invisible. Era la osa  
su gran Carro de luz....¡Y eran las bellas  
pupilas de lo ignoto, las estrellas!

## XII.

Estrella también fuiste,  
poeta triunfador. Tu canto alado  
aún vierte su consuelo regalado  
sobre el abrojo de la vida triste.  
Tu estrofa delicada y lisonjera  
vibrará con cadencia duradera  
y ungirá con su dulce miel la herida  
incurable y sangrienta de la vida!

## XIII.

Los genios inmortales  
que la existencia rigen, endulzaron  
tus labios al nacer, y los untaron  
con miel de los olímpicos panales.  
Y fuiste un ruiseñor que en la callada  
noche de la existencia desolada,  
rasgando las tinieblas de esa noche,  
de sus trinos de amor hizo derroche!

## XIV.

Y fué el Amor tu guía.  
el espasmo de tu alma soñadora;  
la casta luz de la primera aurora  
del alma, que bañó tu fantasía!  
Y fué el amor la Musa que abrillanta  
tu numen....quien te dijo: canta, canta!  
Y del sañudo Amor bajo el imperio  
le cantastes al Amor....¡á ese misterio!

## XV.

Misterio luminoso,  
sombra y luz que del alma se apodera;  
sombra, si esquivo dentro el alma impera,  
luz, si la anega en bienestar dichoso.  
Sombra, si en las vigilias delirante  
finge en las sombras el gentil semblante....  
Y luz, y luz, si en cariñosos lazos  
desfallece, rendido, en nuestros brazos.

## XVI.

Sombra, si Dios decreta  
que en las sombras se nublen sus destellos:

¡que hay muchas sombras en los ojos bellos  
 prendidos en el alma del poeta!  
 Y luz, y luz, si en el profundo arcano  
 se sumerge el ingenio soberano,  
 y del divino Amor bajo el imperio  
 alza un canto al Amor... ¡á ese misterio!

## XVII.

Canto dulce ó doliente;  
 arrullo de la tórtola escondida  
 en el verde follaje, ó encendida  
 vibración de un volcán bajo la frente;  
 que á las regiones místicas se lanza  
 poniendo en una estrella la esperanza,  
 ó que enhebra sollozos sin fortuna  
 con rayos melancólicos de luna!

## XVIII

Canto siempre fecundo  
 de gloria ó de dolor... Nupcial abrazo  
 que esmalta de capullos el eriazo  
 y que inyecta de gérmenes el mundo,  
 es el amor que vivifica y crea  
 en la inerte materia y en la idea,  
 y cuyo sacro influjo se reparte  
 en el cielo, en la tierra y en el Arte!

## XIX.

¡Oh, artistas, almas plenas  
 de ritmos y de luz, que en la ignotas  
 simas del tiempo las columnas rotas  
 levantáis de los pórticos de Atenas;  
 que con la lira mágica de Eolo  
 rimáis canciones al crinado Apolo  
 y á la torpe estulticia que os desprecia  
 lapidáis con los mármoles de Grecia;

## XX.

Que á la belleza asidos,  
 como á los muros la flotante yedra,  
 trocáis en mármol vividor la piedra  
 y en arca santa del amor los nidos;  
 que sobre el mar de la existencia obscura,  
 soñando con un lirio de hermosura,  
 véis en el lirio que á brotar empieza  
 la pupila de luz de la belleza;

## XXI.

Que el vagaroso giro  
 seguís del alma en lánguido embeleso  
 y si en la sombra se convierte en beso  
 nos decís que ese beso fué un suspiro;  
 que sufrís para todos los dolores  
 y que amáis para todos los amores  
 con la cruz invisible: el pensamiento,  
 y el cilicio invisible: el sentimiento!

## XXII.

¡Oh, artistas, almas buenas  
 coronadas de claros esplendores  
 que por el mundo derramando flores  
 vais convirtiendo en flores vuestras penas;  
 que transformáis el afligido llanto  
 en canto celestial, en dulce canto;  
 y sobre el barro en que germina el duelo  
 sois promesa de paz y de consuelo;

## XXIII.

Continuad vuestra ruta  
 agria y tortuosa, claros visionarios;  
 erizada de trágicos Calvarios  
 está la senda de la vida, hirsuta.  
 ¡Seguid, seguid con vuestra lira á cuestas  
 sin mirar los ludibrios de los Gestas,  
 que al llegar al Tabor glorificante  
 tendrá nimbos de un Dios vuestro semblante!

## XXIV.

Ya lo miráis: la Gloria  
 hoy descende cargada de laureles  
 con cantos ungidos con las mieles  
 del Himeto, rescata la memoria  
 del trovador que, con el arpa al hombro,  
 por la vida pasó moviendo asombro,  
 y desgranando en rimas musicales  
 las notas de sus tiernos madrigales!

JOSÉ Y. NOVELO



## Dicurso del Exmo. Sr. Embajador D. Enrique C. Creel, en Washington

Señores Delegados:

Permitídmne que á nombre del pueblo y del gobierno mexicanos, á quienes tengo la honra de representar en esta ocasión solemne, os dé la más cordial bienvenida y haga los más sinceros votos por vuestra felicidad personal y por el éxito de las misiones que os han confiado vuestros sendos países.

Venís á Washington, señores Delegados, desempeñando una tarea tan trascendental, tan alta, tan noble, tan grande y de resultados tan duraderos, que no vacilo en decir que si ahora vuestros nombres han sido y son ventajosamente conocidos en Centroamérica como de juristas distinguidos, diplomáticos experimentados y patriotas ardientes, en lo sucesivo esos nombres serán americanos, porque no podrán permanecer encerrados en las fronteras de una sola región, y simbolizarán, sólo al anunciarse, el bien mayor que puede poseer un pueblo, que puede poseer la humanidad entera; la paz bendita que con su sucesora, la libertad, ha hecho la grandeza del país generoso que ahora os da asilo y cariñosa hospitalidad.

Unida la República mexicana á los países de Centroamérica por los lazos de sangre, de las tradiciones históricas, del lenguaje, de la vecindad, de la comuni-

dad de intereses y de la semejanza de instituciones políticas, el General Porfirio Díaz, Presidente de la nación, vió con sumo agrado la oportunidad que se le presentaba de cooperar á que las cinco Repúblicas hermanas cimentaran la paz á que tienen derecho y que sin duda les traerá tantos beneficios como los que á México le ha acarreado. La iniciativa que juntos subscribieron el jefe de mi gobierno y el ilustre estadista que ahora desempeña la Presidencia de los Estados Unidos de América, os congrega en este edificio de las Repúblicas Americanas, que es, si vale la expresión, el hogar común de todas las nacionalidades de este continente.

Desde hace años casi toda la América que fué española se halla en paz, progresando en lo material y esforzándose con éxito por hacer prácticas las instituciones que nos dejaron nuestros padres; el virus revolucionario parece conservarse (y por cierto con fuerza inusitada) en la parte más central del continente, en la que se enlazan las dos fracciones de América destinadas á vivir unidas estrecha y fraternalmente; ¿que tiene, pues, de extraño que los países que más cerca están de vosotros os tiendan su amistosa mediación y en caso necesario su ayuda franca para que os entendáis mutuamente y logréis plantear sin gran esfuerzo la

gran liga de afectos, tendencias é intereses que ha de ser la base de vuestra prosperidad futura?

Ni los Estados Unidos ni México apetecen acrecimiento territorial, no quieren tener intervención en vuestras cosas, ni piden más que veros pacíficos, fuertes y florecientes; y se lisonjean de que tal resultado lo obtendrán vuestras aptitudes, patriotismo y buena voluntad, después de las deliberaciones que honradamente sustentéis, con la idea fija de asegurar la paz sobre bases de eterna justicia para las cinco Repúblicas que forman el grupo centroamericano.

La paz ha sido siempre el mayor beneficio de que ha podido gozar la familia humana; pero á medida que aumenta la población y que crecen los elementos de riqueza, y que se eleva el nivel de cultura, y que se afirman los principios de justicia y el respeto á la propiedad, y que se estima más la vida del individuo, se hace más y más apreciable en el mundo el estado de tranquilidad y su imperio se impone con la necesidad suprema, como el mayor de los bienes, como la causa predilecta del patriotismo y como la base inmovible de la autonomía nacional.

El mundo marcha. Las manifestaciones del progreso alcanzan á todas partes. La causa de la civilización es universal. Pide su contingente á todos los pueblos de la tierra. Cuando encuentra las puertas francas y el medio propicio, allí dirige sus corrientes y allá van sus elementos fecundantes de vida y de riqueza. Cuando la guerra, el desorden y el exterminio cierran las puertas y rechazan el empuje de la civilización, entonces se produce un estado de cosas peligroso bajo el doble punto de vista interior y exterior. De allí viene el retroceso y de allí surgen las dificultades internacionales.

La vida de los pueblos modernos no

puede aislarse. Está vinculada á la causa común del progreso humano y sólo se concibe la conservación de la integridad nacional por medio de la paz. Cuando esa base se destruye, pelagra la autonomía y pueden ser irreparables los males y los perjuicios que se ocasionen.

La tendencia actual de los pueblos cultos está resueltamente orientada en el sentido pacífico; así lo dice el Tribunal de la Haya, así lo pregonan los Congresos y las Conferencias de Paz y de Arbitraje que se han organizado y se siguen organizando en todos los países civilizados; así lo pide la prensa de todos los pueblos, de todos los colores políticos y de todas las religiones; esa es la enseñanza en la cátedra de las Universidades y es el alma palpitante de la humanidad. Contrariar esas tendencias sería el mayor de los errores y la más grande de las aberraciones. Para conseguir esa paz, firme, tranquila y serena, todos los sacrificios parecen pequeños.

Pero hay más todavía. Pronto tendrá lugar en América un acontecimiento trascendental. La apertura del Canal de Panamá. Esa gigantesca obra industrial marcará una nueva era del progreso panamericano. Facilitando las vías de comunicación estrechará más y más á los pueblos de este continente y dará mayores impulsos á su comercio internacional; pero tendrán que hacerse grandes mejoras á los puertos, costosas obras de sanidad, que fundarse muchos ferrocarriles, bancos y casas de comercio y que consolidar vuestro crédito público interior y exterior.

Y para gozar de esos beneficios necesitamos paz en América. Que ésta no se interrumpa en ninguno de los pueblos del continente de Colón. Perturbarla sería todavía más peligroso de lo que es en la actualidad y éste es el momento para construir las bases y para asegurar entre ustedes la armonía que tanto inte-

resa á los americanos del Norte, del Centro y del Sur.

Poseeis admirables elementos de vida, fuentes de riqueza inexplorada, grandes extensiones de terreno sin cultivo, fajas de costa de inmenso valor; sólo os faltan brazos que trabajen en vez de ir á la mantanza, capitales que se presenten á vuestro llamado y que no huyan ni se escondan al tronar de los cañones.

Si mi concepción acerca de vuestras cosas no es errónea, vuestras disputas versan sobre puntos viables, y, sobre todo, de pacífico arreglo. Las cuestiones de fronteras, las de agravios á nacionales, las de invasión territorial y otras muchas inevitables siempre entre pueblos colindantes, pueden quedar clara y pacíficamente zanjadas, mediante las reglas generales que sentéis en esta Conferencia, y la guerra civil y la extranjera vendrán sólo cuando fatalmente deban venir tan tremendos azotes, pero con la misma distancia que ahora llegan á los pueblos civilizados de la tierra y no con la frecuencia con que caen sobre las hordas bravías de los países incultos.

Para llegar á esos acuerdos se necesita no buscar ventajas de los unos contra los otros; no pretender preponderancias, ni la satisfacción de agravios, ni la explosión de pasiones. La Conferencia tiene por objeto fines más nobles y más elevados. Se busca de buena fe una fórmula para hacer justicia. Vuestra ilustración y vuestro patriotismo sabrán encontrarla. Esa fórmula deberá consignarse en un tratado de larga, de muy larga duración. Así lo espera el mundo, de la alta representación de vuestros gobiernos, y así lo esperan México y los Estados Unidos de América, que con la mejor buena fe van á firmar y sellar ese mismo tratado como garantía moral de honora-

bilidad y de firmeza, como signo de amor por la paz y como testimonio de confraternidad, de simpatía y de justicia para los pueblos que representáis.

La Conferencia tiene, además, un significado y una enseñanza de altísimo interés para la humanidad, porque es un paso más en las soluciones pacíficas de las dificultades internacionales, por medio de la razón y la justicia, por el conocimiento perfecto y el análisis justo de los hechos, por el juicio sereno y tranquilo de ilustrados jurisconsultos y estadistas; y porque nos acerca á la creación de tribunales que elevando su misión, hagan justicia á las naciones como hoy la hacen á los individuos de la sociedad.

Mucho esperan de vosotros, señores delegados, vuestras naciones, la civilización americana y la paz de la humanidad entera. Con el conocimiento que poseeis de la índole y de las condiciones históricas de aquellas simpáticas tierras, podréis adelantar en un solo impulso más de lo que en las condiciones actuales podríais andar en un gran número de años.

Para esa tarea, tan bella como digna de hombres patriotas y bien nacidos, habreis de contar siempre con la buena voluntad del Gobierno mexicano.

Señores Delegados:

Que el tratado de Washington lleve en el alma los altos ideales de la raza latina á que pertenecemos y que tenga en su estructura la solidez y la firmeza del gran pueblo americano, identificado con nosotros en esta obra común de paz, de orden, de civilización y de progreso. Que este tratado sea perdurable, como será siempre constante la buena fe y el amor por la paz, de las dos Repúblicas amigas vuestras, que os han invitado á esta labor humanitaria.



## EN ELOGIO DE LOS SENOS

¡Oh, los senos!.....

Son florones de albo raso, turgescents, duros, plenos,  
 oprobiosamente ocultos tras los cándidos corpiños.  
 Son nectarios ampulosos, breves, blancos ó morenos,  
 que debieran verse libres, germinar sin desaliños,  
 ostentando al aire todos sus espléndidos adornos,  
 como en tiempos ya lejanos, en que el culto de esas cosas  
 todas luz y blandas líneas y suavísimos contornos,  
 elevaba á las mujeres hasta el rango de las diosas.

Como rosas

tiritando entre la nieve que se hacina en los barbechos,  
 ó cual aves que friolentas tremolaran sus plumajes,  
 son los senos impolutos, son los castos, leves pechos,  
 que al impulso del aliento van alzando los encajes.

¡Oh preciosos hemisferios de tersura marfilina!

Yo quisiera acariciaros cuando alguna vez os veo,  
 pero pienso que si toco vuestra piel alabastrina  
 borraré tal vez mi culto con la mancha del deseo.

Aleteo

de paloma que despierta, de paloma esperezante,  
 tiene el seno que se asoma sobre el arco de un escote;  
 y semejan sus dos globos, blancas lunas en menguante  
 que entre nubes vaporosas en un cielo hacen su brote.  
 ¡Senos blancos, yo os adoro con las ansias de un amante!  
 ¡Senos blancos que se esponjan, que se ofrecen y hacen gala

de belleza con el brillo de su aspecto rozagante!  
¡Senos blancos que han bañado blancas luces de Bengala!

Como el ala

augur del cisne, son los senos eucarísticos de Leda,  
y tan diáfanos y frescos, que su hálito provoca  
y convida hasta á palparlos. . . . ¡pero el blanco de su seda  
no permite que se toquen sino sólo con la boca!  
¡Níveos senos que se yerguen como plácidos pompones,  
como eurítmicas magnolias, como flores del Pecado:  
sois hermosos porque os ornán esos cárdenos botones,  
porque late siempre un bello corazón á vuestro lado!

Yo he soñado

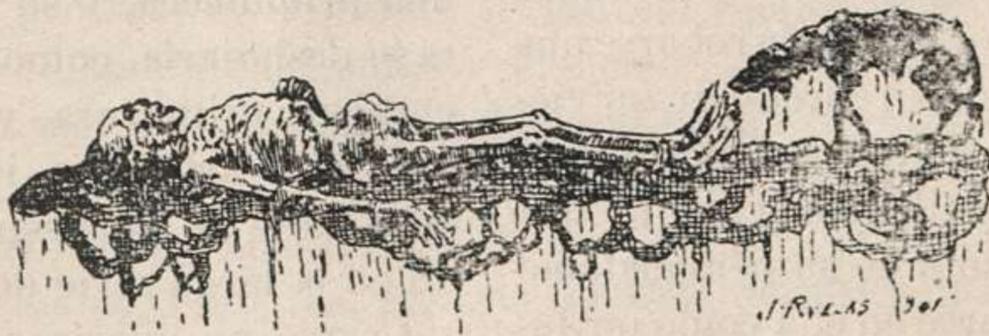
ver los senos de mi amada, bajo el sol del Himeneo,  
semi-ocultos entre blondas sus esféricos perfiles,  
palpitantes, al infiujo de un tremor, de un temblequeo,  
y rindiéndose al halago de unas manos infantiles.  
Ver gustar con ansia y gula sus pezones rubicundos,  
por los labios de algún niño que sus jugos aproveche,  
y que rudamente opresos, en contactos furibundos,  
viertan raudas sus heridas, en lugar de sangre, leche!

Yo os adoro

senos breves de las niñas encubiertos con desdoro;  
capullitos apretados, puntiagudos y distantes;  
senos firmes de novicias que en el claustro y en el coro  
renegáis de vuestro sexo, de sus savias fecundantes.  
¡Oh, los senos de las madres llenos siempre y abultados:  
sois dos ánforas de vida; sois un dulce abrevadero  
donde beben la existencia tantos seres adorados! . . . . .  
¡Cómo os amo, senos blancos; cómo os amo, cómo os quiero  
y os venero!

LUIS CASTILLO LEDÓN.

Inédita.—1902.—“PARA LA REVISTA MODERNA.”





## La Musa de Ricardo Castro

Era este artista uno de los raros amadores de la Musa Eúritmia. Trabajaba su arte con un amor de escogido, de lapidario; hacía y rehacía con la tenaz perseverancia de los que saben que el arte no es sino una larga persistencia; y en la lenta y pulcra tarea de excederse á sí mismo, consumió su juventud, no repitiéndose como los ignorantes infecundos que temen leer por miedo de robarse una idea y no hacen sino reproducir su viejo monorritmo llorón, sino educándose, tejiendo hilos de estilos hasta urdir y tramar la seda suntuosa de su personalidad culta para toisonarse en ella como un Jasón en un vellocino conquistado.

Comprendió con su sagaz percepción

y con su cualidad de meditativo solitario, que la juvenilia, que la obra de juventud no era sino la preparación de la obra definitiva, la de la madurez; y que si las rosas de su rosal primaveralmente florido habían sido aspiradas con deleite por su aroma romántico, el romanticismo de su primicia se marchitaría como una primulácea, y su prestigio de artista se deshojaría, como el de tantos otros, en plena primavera, y no quedaría en el índice del arte sino inscrito con el pidoso mote de «una esperanza», catalogado en la larga serie de los malogrados.

Castro no quería eso. Su orgullo nativo le prescribió el estudio disciplinado de los solitarios altivos como su sola es-

pada de combate, y se encastilló en su arte con la sombría taciturnidad de los que ven lejos y les subleva la vacilación de no llegar hasta donde sus ojos alcanzan, porque á medida que avanzaba en sus exploraciones furtivas, silenciosas, lejanas, descubría cielos nunca vistos. La curiosidad de saber fué bien pronto en Ricardo Castro una necesidad, como todas las gimnasias y las higienes. Su habilidad prematura de pianista le trajo presto, á partir de su reclusión disciplinada, la virtuosidad. Su Musa Eurythmia, que lo hizo romántico en su primera juventud, hasta tal punto apasionado en la hermosura melodiosa de su concepción del arte entonces, que hoy no se olvida su *Minuetto* lírico y acariciador como un canto de sirenas, lo desligó poco á poco de los brazos seductores de la hada romántica, le abrió nuevos espejismo en el desierto de los peregrinos fatigados que agotan la vena juvenil, y el compositor arribó á los oasis del arte nuevo, de la factura exquisita y laboriosamente trabajada, que es la que perdura; y lanzado con noble ardor en posesión de las fuentes ignoradas hasta henchir las cuencas de su bagaje de artista, vióse en plena fructificación de saber, todavía joven; vió que del antiguo romanticismo no guardaba sino el perfume en el alma, porque fué el primer aroma que entró en ella; y así su poesía exquisita para los pocos que comprenden su arte moderno y preciosamente trabajado, es el hálito sagrado del verdadero artista que no labra piedras falsas con paciente labor de profesor en contrapunto y fuga, sino diamantinas gemas de arte puro, con el maravilloso don del artista creador.

La Musa Eurythmia fué la Pallas de este exquisito. Esquemaba, dibujaba, coloraba, matizaba, pulía, retocaba, refundía, rehacía una composición hasta dejarla digna de su altivez de esteta,—oh,

Chopin que te exaltabas hasta el furor en una noche de fiebre trabajando para crear inmortal una *masurka*! oh, Glazounow que has rehecho una sinfonía cuatro veces con tu pujante poder soberbio!—y en su delirante deseo de *ser*, de brillar, de ser sentido, de ser estimado como fué en el cenáculo en que Cecilia Chaminade era la vestal, Ricardo Castro se transfiguró, se excedió á sí mismo, como todo artista que estudia sin descanso y que estima su prestigio de creador como un blasón; sus composiciones fueron cada vez más delicadas, más altas, más eurítmicas, y por tanto, menos populares.

A medida que se alejaba de los buenos y sanos rompepianos que han tenido por biberón el *schottisch* y por *beefsteack* el *cake-walk*, Castro volvíase dudoso. Los músicos analfabetas tronaban en el bar contra el incomprendible, con una iracundia de segundo período, y compadecían al extravagante, cuyas composiciones no solamente podían ya leer, sino ni entender. ¿Quién será aquel osado, presuntuoso, que había hallado para expresar su arte los *lieder* de amor de Brahms, que sabía de las elegancias de Debussy, del arte arabesco de Sinding, de las maravillas rutilantes de Schuz-Evler?—Mas esos nombres, impronunciables en las lenguas torpes, eran sustituidos por los antiguos clisés de los pocos nombres del bagaje trasnochado de los deturpadores, y ni siquiera se sabía con quién comparar al artista insigne y solitario.....

Pero él velaba día y noche por la excelencia de su culto de amor. Ageno á las pasquinadas grotescas de sus enemigos á quienes no hizo otro mal que vestir suntuosamente con su arte orquestal la pobreza raquílica de una melodía vulgar y mal escrita, trabajaba el arte suyo, el arte de preparación lenta y sabia, con el sueño lírico del arte hablado, de-

clamado, cantado, vivido en la escena. Compuso las óperas *Atzimba*, *Don Juan de Austria*, *La Leyenda de Rudel*, *Satán vencido*, *La Roussalska*. La muerte lo sorprendió cuando escribía estas dos últimas, y no pudo ver sino dos representadas, *Atzimba* y *La Leyenda de Rudel*. El solitario tuvo que adivinar con su clarividencia de artista la acción de sus héroes mal movidos por escritores ignorantes, y de esta circunstancia la crítica extrajo sus opiniones de clisé para burlar poemas que el vulgo craso no entendía.

La hermosura estaba en el poema musical, en el hábil engarzamiento de los motivos guiadores, en la polifonía sabiamente serpeadora de la estructura armónica, en el magistral empleo de las maderas suaves en los pasajes amorosos, en la gaya suntuosidad de los conjuntos pujantes de brío, en la frescura de los aires rotundos y de las frases cantantes y musicalmente bellas en todo esplendor. La factura de Castro es la de un moderno músico por la suntuosidad de sus ropajes orquestales, y por tanto el poema orquestal lo llena todo, la atención tiende más al interés del desarrollo del poema sinfónico, porque allí reside la vida, el alma de la composición que falta en la escena (hablo de las dos óperas que Castro vió representar), y un ejemplo de este aserto es la gloriosa escena final del bello poema de la *Princesa lejana*, en que Rudel de Blaya muerto es arropado en el sagrado sudario de las banderas desplegadas, y el héroe malagrado parece transfigurarse, yacente en su lecho de gloria, escuchando en su sueño eterno el apoteosis de la música excelsa.

Divina página es esta que un día no muy lejano resurgirá á la vida del arte, consagrada por la cultura estética de la que Castro vió la alborada un día. Y, en el arte teatral como en el arte poético del recital, la Musa Euritmia no

dejó nunca de ser el amor apasionado del compositor. El menor detalle era trabajado con una paciencia y una sutileza de estilista, prolijamente, hasta dar la forma armoniosa al paso de una nota de engarce, hasta encontrar el matiz del sonido en el instrumento que más suavemente acaricie el oído, hasta hallar la armonización delicada que haga vibrar la red nerviosa como un sacudimiento espasmódico en una sensación morbosa. Yo sé que esta laudación va á parecer exagerada y falsa para los mismos estetas retardados medio siglo en la percepción de la belleza arcana, abstraídos en su egolatría como Buddha en su ombligo, ajenos á toda evolución del arte, que no escuchan sino la vieja canción de su ronco organillo. Porque, con ser nuestro, Ricardo Castro es menos que cualquiera de ellos. Porque con ser nuestro, es imposible que Castro sea un gran compositor. Porque, siendo un malagrado que trabajaba rudamente en la edad en que toros descansan, es mucho que se le proclame gloria nacional.

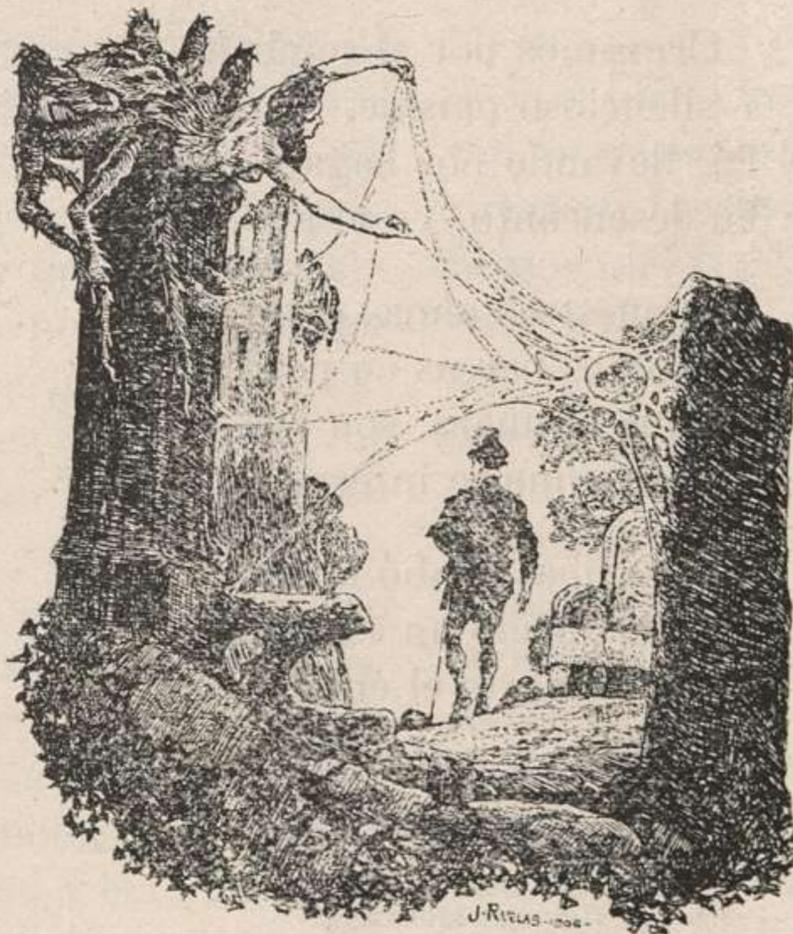
Tal es el criterio de los caídos, que no tienen como obra de arte sino la floración efímera de su juventud ancestral, que se hartaron en el panal melódico hasta empalagarse y retornaron á la vieja Italia melodramática del monorritmo y la nota pedal. Pero aunque nieguen el arte de Ricardo Castro por ignorancia ó despecho, el artista surgirá sahumado con los turíbulos de los amadores del arte joven, del arte prócer, del arte rey. Porque Ricardo Castro tuvo el rubor de su prestigio artístico, hizo de su nombre de artista una presea, pasó su juventud preparando su labor definitiva, la de la madurez, sin gloriarse de haber compuesto una linda canción romántica que dura un día, sino estudiando el procedimiento nuevo que un día le daría frutos tan bellos en la poesía del recital, como esas deleitosas composiciones que se lla-

man *Valse Bluette*, *Valse caressante*, *Valse impromptu*, *Valse reveuse*, *Valse sentimental*, *Valse arabesque*, *Six Préludes*, *Deux Noturnes*, *Deux Impromptus*, *Barcarola*, *Gondoliera*, *Berceuse*, joyas eurítmicas del poeta que traducía en notas los ensueños de sus pensamientos errantes, paréntesis de sus obras de aliento, que bajaban á abrirse en flores de matiz armonioso, mientras descansaba un breve instante de la lenta y larga elaboración de su sueño de arte lírico traidoramente segado por la muerte.

De su poder de mago en el piano, queda su *Concierto* para piano y orquesta como obra briosa y fuerte; pero en las florestas de sus ensueños, donde espigó tantas rosas regias, de las que algunas

aún no se abren al cielo de la gloria, rosas póstumas que florecidas en Europa ó en América, salieron de su alma pensativa y sensitiva como esplendorosa floración tardía trabajada exquisitamente con amor de esteta, con euritmia de poeta, germinarán los brotes nuevos en una primavera no lejana, y reflorecerán en los espíritus delicados que al rubor del ejemplo del maestro pondrán en el arte todo su esfuerzo, comprenderán que la juventud no es sino la preparación de la obra que consagra una vida sacrificada en aras de un ideal, como la de Ricardo Castro, el exquisito, muerto en culto de amor á la Musa Euritmia.

RUBÉN M. CAMPOS.





## EL ENIGMA

El sendero solitario  
Culebrea, el rojo sol  
Prende el último arrebol  
En la cruz del campanario.

Del Poniente las discretas  
Claridades palidecen;  
Los árboles ennegrecen  
Sus pavorosas siluetas.

Cruzamos por el sombrío  
Y silencioso paisaje,  
Tú, llevando por bagaje  
Tu desencanto, yo el mío.

Y nuestras almas que bogan  
Como dos barcas en pos  
De una quimera, son dos  
Esfinges que se interrogan.

En ambas grabó la suerte  
La duda como un estigma,  
Y ni la muerte el enigma  
Aclarará.... ¡Ni la muerte!....

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

1907.—PARA "LA REVISTA MODERNA"





# MARGINALIA.

## JOSE ENRIQUE RODO

La última producción del autor de ARIEL, el folleto intitulado *Liberalismo y jacobinismo* (Montevideo, 1906), contiene un jugo de doctrina y de pensamiento que, á pesar de las altas cualidades del escritor, no nos atreveríamos á esperar, antes de leerlo, ni de su extensión, ni de su forma polémica, ni del asunto mismo, tal como lo plantea el título. Y es que Rodó no se limita á discutir la cuestión, ya debatida en exceso y tan vieja en nuestras naciones hispano-americanas, casi, como las nacionalidades mismas, sino que procede á analizar, siquier brevemente, los orígenes históricos de la caridad y la importancia de la personalidad en los grandes movimientos de reforma moral.

El motivo de la polémica fué el acuerdo de la Comisión de Caridad y Beneficencia Pública de Montevideo, que dispuso se suprimieran los crucifijos en los hospitales. Rodó tacha de arbitraria tal

disposición: *jacobina*, contraria al verdadero liberalismo, á la moderna amplitud de criterio, pues ordena que se suprima de las instituciones de caridad la imagen del fundador de la caridad. Habilísima es su argumentación en este sentido; pero no convincente. El crucifijo es, en los hospitales como en cualquier otro lugar, un símbolo religioso; y como tal, debe suprimirse y se ha suprimido ya en todas las instituciones de carácter francamente laico; he ahí el punto crucial en que, según parece, no hizo hincapié la fracción *jacobina* de Montevideo y que, por esta ú otra razón, Rodó esquivó ó discute débilmente.

No es de fácil explicación el hecho de que el pensador uruguayo, quien se declara ajeno á toda creencia en la divinidad cristiana, estime justa la conservación de una efigie que, si por respeto á la excelsa personalidad humana que representa, repugnamos llamar *fetiché*, no

por eso deja de corresponder, dentro del desarrollo máximo de la religión en la conciencia popular incapaz todavía de la iconoclastia, al ídolo de los hombres primitivos. ¿Se deberá ello á un resto de superstición ideológica, á un medroso *revenant*: la supervivencia del espíritu conciliador que formuló el sofisma de la necesidad de "freno moral" y "consuelo espiritual" para las masas? Comprender —ya se ha dicho—no es siempre perdonar; mucho menos conciliar. Pero no es grato ni justo suponer procesos mentales ajenos, sin mayores indicios (bien es verdad que Rodó invoca la necesidad del culto de los *héroes*); y de cualquier modo, alabado sea ese dejo de sentimentalismo cristiano ya que él nos da la defensa, hecha con amor, de la individualidad creadora de Jesús y la exposición de conceptos fundamentales que conviene volver á precisar de tiempo en tiempo.

Porque, aunque no muchos paran mientes en ello, el influjo de la filosofía y la ciencia baratas (en el peor sentido de la palabra) amenaza resultar funesto para la incipiente mentalidad de nuestros pueblos. Se acoge con calor todo lo destructivo, lo que tiende á hacer tabla rasa con multitud de conquistas que han costado tantos soberanos esfuerzos y que, aun incompletas, dejaron su porción efectiva en la labor humana. Ejemplo típico es el de Nietzsche: el lamentable vulgo semi-literato lo cree suyo porque fué un negador, pero la gran fuerza afirmativa de su espíritu, su indomable ensueño de ascensión, la apoteosis de la voluntad, el ejemplo mismo de su vida, portentosa de sinceridad y de trabajo, ni se comprenden ni se sienten. No hace mucho, de las mismas orillas del Plata nos vino, autorizada por un conocidísimo escritor, cuyo indiscutible saber reclama todavía el complemento de una seriedad más reconcentrada y ajena á pueriles alardes, una página en que se

colocaba á Nietzsche frente á Jesús, con tan decidida incompreensión del uno como del otro: con más la incapacidad de cierta anticuada escuela psicológica para distinguir entre lo morboso y lo genial.

Contra ese afán anárquico, contra esa impotencia de filosofía (pues del llamado positivismo, que es su credo aparente, sólo se toman las afirmaciones de hechos concretos fácilmente susceptibles de exageración) se levanta Rodó, con la seriedad de quien estudia y sobre todo medita, en la soledad silencio, lejos de las ferias de vanidad internacional donde la eminencia científica permite que se le enfrente el sabio improvisado y la cumbre literaria, insegura de su propia excelcitud, pacta con la mediocridad invasora. Trabajo como el contenido en las treinta páginas consagradas á los orígenes históricos de la caridad pasa inadvertido, mientras la vacuidad mental se regocija con cierto libro italiano en que se niega la existencia de Jesucristo. Cuestión de editores....

En esa virtud de seriedad sincera reside el mérito de Rodó: en su alta y secreta aspiración de dar á nuestra América un ideal constructivo. Podrá equivocarse á ratos, y de hecho se equivoca; podrá desanimarse, y por lo menos calla; pero suya será siempre la palabra animadora de ARIEL. (\*) Acaso, porque procede de la escuela de Renan, no entra de lleno en el espíritu del siglo XX, que opone al seductor impresionismo de Anatole France el vigor afirmativo de Camille Mauclair y Remy de Gourmont. ¡Ah! Si Rodó tuviera esa enérgica constancia y nos diese en América los paralelos de *El arte en silencio*, *La cultura de las ideas!*

---

(\*) Podemos anunciar que pronto se hará en México, como obsequio á la juventud, una edición de ARIEL.

Aunque el trabajo realizado en *Liberalismo y jacobinismo*, no siempre alcanza, por la obligada prisa de la polémica, la precisión perfecta del concepto; de su exposición pueden, sin embargo, obtenerse estas síntesis: la originalidad de Jesús está en haber condensado las ideas de caridad, anteriores á él, haciendo del amor el núcleo de su doctrina y convirtiéndolo en vivo impulso de acción á la vez que extendiéndolo á toda la humanidad. La caridad llamada *científica* no ha hecho sino perfeccionar la idea cristiana, restándole la exageración inconciliable con el pleno desarrollo de la vida: la tendencia al sacrificio. La personalidad de los reformadores morales, como la de cualquier otra especie de creador, es factor esencial y preeminente. (En esto, Rodó se apoya, en parte, en el individualismo histórico de Carlyle,—que deriva de Hegel, al igual que el determinismo de Taine,—y en parte, en el «Ensayo sobre la imaginación creadora» de Ribot; podría apoyarse con mejor éxito aún, en las nuevas evoluciones del individualismo psicológico é histórico. (\*))

Y si bien nada de esto es fundamentalmente nuevo, es necesario que reaparezca, que se precise, para imponer alguna norma en medio á nuestra anarquía men-

tal. ¡Cuánto no la ha de sentir el mismo Rodó, por lo común tan tolerante, puesto que en este mismo folleto llega á censurar acremente al espíritu latino! Así, confiesa en el capítulo intitulado *El sentimiento religioso y la crítica* (\*\*):

«Yo que soy tan profundamente latino en mi concepción de la belleza y de la vida, y en mis veneraciones históricas, encuentro en nuestro *libre pensamiento* latino una tendencia á la declamación *forense*,—eterna enemiga de la austera *Mens* interior—y una unilateralidad y una ausencia de delicadeza y penetración intuitiva para llegar al espíritu de las religiones y comprender y sentir su eterno fondo inefable, que le dejan á cien leguas de las inspiradas intuiciones de un Carlyle....»

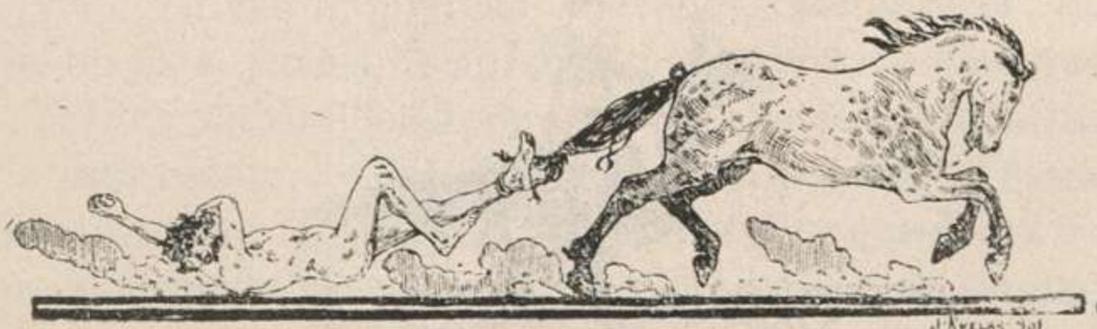
Y luego, en otro capítulo, esta afirmación de absoluta aristocracia intelectual:

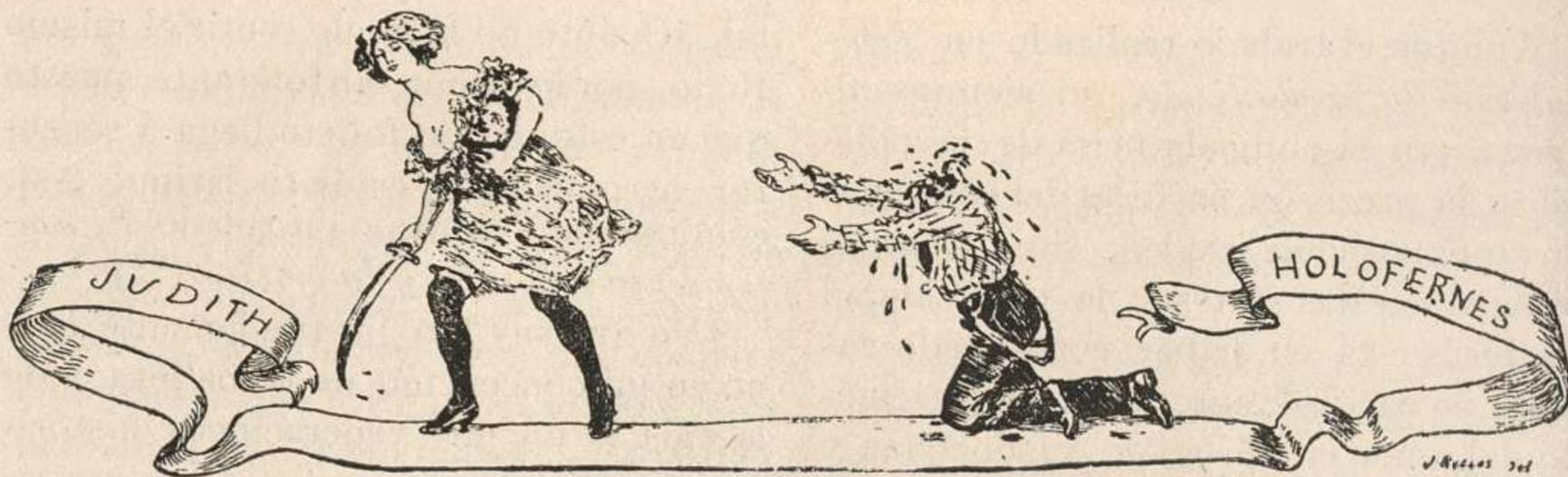
«El libre pensamiento es cosa mucho más ardua y compleja de lo que supone la superficial interpretación común que le identifica con la independencia respecto de la fe tradicional. Es mucho más que una fórmula y una divisa: es un resultado de educación *interior*, á que pocos, muy pocos, alcanzan....»

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

(\*) Por ejemplo: Bouglé—QU'EST-CE QUE LA SOCIOLOGIE? París, 1907. «L'histoire et la science sociale.»

(\*\*) Publicado en el número de Noviembre de esta Revista.





## Horas de ausencia

En vano paseaste tus palideces,  
entre el locuaz tumulto de algún gentío,  
donde, bajo la rosa, se oculta, á veces,  
el tormento tantálico del vacío.....

Para ahuyentar anímicas morbideces,  
no te faltan las fiestas, llenas de hastío;  
algo más noble y alto tú te mereces  
que las canciones ácidas y el vocerío....

En el bullicio loco de las verbenas,  
entre las caras rubias y las morenas,  
nunca negar podrías que algo te falta....  
Y si jamás te encuentras bien satisfecho  
¿una voz no te dice dentro del pecho  
que naciste para otra vida más alta?....

Madrid, Julio 6 1906.

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.





JOSÉ SEGARRA.



JOAQUÍN JULIÁ.

## DOS VIAJEROS VALENCIANOS

Hace algunos días habló *El Pueblo* de dos jóvenes valencianos que habían emprendido un viaje por el extranjero, á pié y sin un cuarto, y comenzamos en estas columnas la publicación de unas cartas que resultan animadas descripciones saturadas de luz y color.

Los dos muchachos me escribieron, y su carta, ¡por qué no decirlo! me causó satisfacción, pues sin conocer á sus autores adiviné en ella cierto parentesco intelectual, y hasta la posibilidad de que mis crónicas de viaje habían influido en la determinación de esta pareja de animosos jóvenes. Tal vez por timidez ó por cierta coquetería interesante, los dos viajeros valencianos firmaban la carta con unas iniciales, no queriendo revelar sus nombres.

Hoy ya sabemos quiénes son esos colaboradores voluntarios de *El Pueblo* que recorren Europa á pié, siendo los primeros españoles que han adoptado esta originalísima manera de viajar, tan generalizada en el extranjero....

Hemos procurado averiguar quiénes son estos animosos jóvenes que, deseosos de instruirse, de ver mundo, que es lo que más enseña, han emprendido tan audaz viaje.

José Segarra y Joaquín Juliá son dos jóvenes, casi obreros; dos alumnos de la Escuela de Artesanos que aprendieron en este respetable y benéfico centro de instrucción popular, el francés y otros conocimientos, y que ahora completan su educación realizando tan largo viaje. El señor Segarra es quien escribe esas cartas

que firma con el pseudónimo de *Valentín*, y nosotros afirmamos bajo nuestra palabra honrada, que en las que van publicadas, con ser notables, no hemos tocado ni una coma y han ido á las cajas tal como las recibimos. El que á los veinte años escribe como Segarra y demuestra una cultura literaria tan extensa, es un verdadero escritor y promete ser algo más cuando su talento entre en plena madurez. Su carta en la que daba cuenta de su visita á Mistral, puede firmarla un escritor de renombre.

Produce satisfacción ser de un pueblo de cuya masa obrera salen jóvenes como estos. De ella salen los pintores que tan alto colocan el nombre de Valencia, y de ella también jóvenes como Segarra y Juliá, peregrinos del arte y la civilización, que andan pobres y solos por los caminos de Europa, sufriendo tal vez hambre, durmiendo muchas veces á la intemperie, con los piés quebrantados por continuas marchas, guiados, como la mística estrella guiaba á los magos, por el santo deseo de ver, de aprender, de apreciar por sus propios ojos la historia y el arte, tantas veces entrevistas en los libros.

No tienen dinero, como muchos que viajan con menos provecho que las maletas, pero poseen la fuerza de voluntad, y se lanzan por el mundo, no con el deseo de gustar nuevos placeres y apreciar en qué hotel guisan mejor, sino con el santo anhelo de aprender, de formarse un caudal de conocimientos, sufriendo para ello privaciones y miseria.

El ejemplo de esos dos jóvenes obreros resulta de una poderosa elocuencia: honran ellos á Valencia doquiera vayan, dan á entender que existe aquí un pueblo ins-

truido capaz de todo para aumentar su ilustración. Y mientras tal hacen, queda en España otra juventud que no viste blusa, que estrena traje todos los meses, y esclava de la imbecilidad y la ignorancia, en vez de ser una esperanza del porvenir, resulta una calamidad del presente....

Mientras dos valencianos *de blusa* van á visitar á Mistral, conmovidos por la veneración que infunde un genio aclamado por Europa entera, muchos señoritos tan orgullosos de su ropa y que hablan con desprecio de la *gente baja*, se verían negros si alguien les preguntara quién es ese Mistral que conocen los alumnos de las Escuelas de Artesanos....

Hay clases, sí; en la actual situación hay parias y privilegiados; pero los parias despreciables son los esclavos de la brutalidad dorada, de la embriaguez por vicio y de la vagancia por costumbre; y los privilegiados, los que merecen toda la consideración y el respeto de las gentes honradas, son los que trabajan, los que producen, los que piensan, los que sirven para algo, los que llevan en torno de sí un ambiente de cultura y no los que huelen á vinazo y mancebía.

Hoy los títulos al respeto y al aprecio público vienen de abajo.

En el árbol social se verifica una poda justiciera. Las ramas de arriba que están secas por ser improductivas—organismos roídos por el alcoholismo y las enfermedades vergonzosas—apenas se mueven y pretenden dar señales de vida con escandaloso rumor, caen tronchadas por la fuerza de los retoños sanos, vigorosos y activos que vienen de abajo, como hermosa renovación de la vida.

BLASCO IBÁÑEZ



## EL INDIO

Pone los ojos en el sol, y avanza  
 el pié desnudo en riscos y en espinas.  
 ¿Qué ansia noble se ahoga en sus retinas  
 en donde el sol á retratarse alcanza?

En su frente se nubla una esperanza  
 como ampo de luna en las neblinas....  
 Caminante, contéplalo, ¿adivinas  
 en su rústica faz una asenchanza?

Ya se irgue, magnífico y heróico,  
 sobre un picacho de la sierra adusta;  
 y es el desdén de su ademán estóico,  
 para la humanidad la eterna injusta  
 el de las soledades majestuosas  
 el del cielo, el de el mar el de las cosas!

EMILIO VALENZUELA.





## Los poetas jóvenes de América

(De "EL COJO ILUSTRADO," de Venezuela.)

«Está visto que los escritores españoles han de ser poco afortunados cuando se meten á hablar de las cosas de América, sobre todo cuando tratan de la literatura de aquende los mares. A propósito de la «Alma América» de Chocano, el señor Julio Cejador, habla en La Lectura, de Madrid, de los poetas jóvenes de América; y por sus juicios y sus afirmaciones se comprende que el señor Cejador lo que menos conoce es la literatura americana, y que juzga casi á ciegas, por muy breves y compendiosas noticias. Los precursores del modernismo los aprecia Cejador así: Silva, (J. A), «fué el más original;» Gutiérrez Nájera «preciosista con dejos de Copée;» Casal, «parnasiano de largos y clásicos arpegios,» «sólo trata de barnizar con la que de Francia le llega halagándole el oído, lo que él tiene por ideal de la poesía castellana.»

De los grandes poetas jóvenes vivos, habla el señor Cejador así: Rubén Darío «es un Hugo más humano, menos titánico, más preciosista, más musical, aunque á las veces no menos barroco y engravado,» Lugones «es un imita-

dor de Edgar Poe y de Eugenio de Castro, de D'Annunzio y de Julio Laforgue; y es además,—según dicen,—el representante más alto del simbolismo en castellano.» Amado Nervo «sabe soñar, pero como quien sueña fuera de su hogar, en una casa de huéspedes.» Guillermo Valencia «es parnasiano.» Julio Flórez, (!) aparece en la lista como poeta «espontáneo y fresco.» Salvador Díaz Mirón es «encrespado y melenudo» y el señor Cejador copia versos de su composición: ¿Qué es poesía? (¿Conocerá á *Lascas* el señor Cejador?)

En cuanto á Chocano, trae á cuento con motivo de lo que dicen los clarines, aquella divina canción verlainiana:

*Les sanglots longs  
des violons  
de l'automne.....;*

*y les paons nonchalants, les paons blancs  
ont fui,* de Maurice Maeterlik.

¿Y Ricardo Jaimes Freire? preguntarán algunos. Seguramente el señor Cejador no sabe quién es. Se olvidó de leerlo embelesado con las canciones de Julio Flórez!....



## TRAGEDIA

La luna gibosa untaba  
su luz sobre los *parterres*  
y el estanque nacaraba.  
Un gato negro maullaba,  
maullaba con muchas *erres*.

(¿No es cosa muy oportuna  
en versos funambulescos  
pintar con trazos grotescos  
á los gatos y á la luna,?)

Surgían cantando en corro  
las fuentes: hervor de plata,  
y era cada leve chorro,  
bajo su irisado gorro,  
flautín de una seranata.

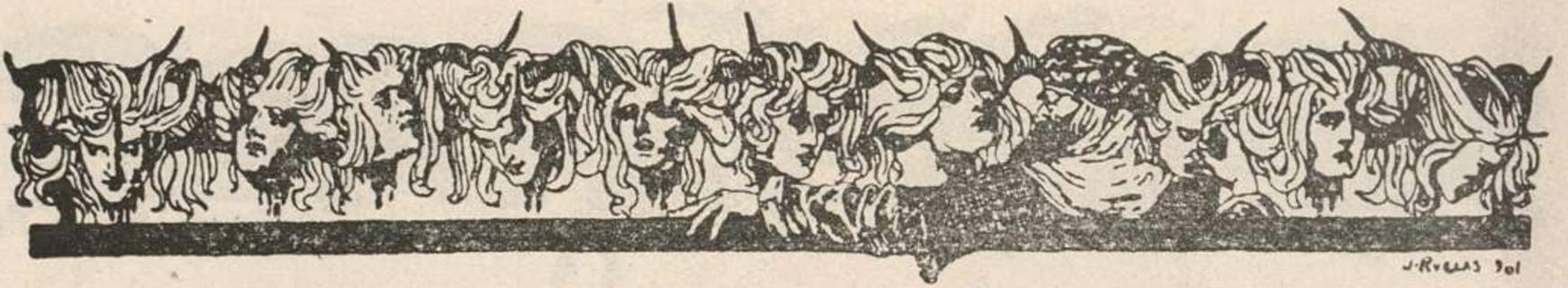
La rotonda de Carrara  
se asomaba á la extensión  
del estanque, como para  
copiar en el agua clara  
su ágil gracia de Trianon

Y en los boscajes inciertos  
en que temblaban los nidos,  
los dioses de mármol yertos,  
con los ojos muy abiertos,  
ha un siglo estaban dormidos... .

Cité á mi Ilusión allí,  
porque aquella *mise en scène*  
Luis XV cuadraba bien;  
muy bien al ensueño, y

La locuela celestial  
me envió á decir con la luna:  
«¡No puedo ir; estoy mal!  
«¡un ángel me ha reta una  
«de mis alas de cristal!... .»

AMADO NERVO.



## LIBROS

Cinco libros de escritores dominicanos han llegado en los últimos meses á la redacción de esta Revista: *Juvenilia*, de Federico Henríquez y Carvajal; *Arcos votivos* de Osvaldo Bazil; *Citerea*, de Tulio M. Cestero; *Ensayos dramáticos* y *Bibliografía* de Américo Lugo.

El primero es obra del distinguido representante de Santo Domingo en el Congreso Pan-Americano de México; es una colección de versos juveniles, eróticos, escritos en la época en que el romanticismo de América se transformaba en becquerianismo, y retocados algunos de acuerdo con las actuales tendencias *modernistas*. Es poesía sencilla, sentida y con frecuencia delicada, de versificación fácil, que se hace vulgar á veces. El autor nos la dá como obra de juventud; pero ¿por qué se empeña en darnos á conocer estos vagos arpegios poéticos y deja en la sombra sus importantes páginas sobre cuestiones sociales, y sus celebrados discursos?

*Arcos votivos* de Osvaldo Bazil es otro libro de versos. Abrese con un prólogo humorístico al parecer, del cubano Conde Kostia, que comienza con la manoseada disertación sobre la dificultad de los prólogos (que sólo son difíciles para

quien no siente deseos de escribirlos); prosigue con frases sueltas sobre la poesía moderna, la poesía en Cuba y el poeta prologado, tan curiosas como éstas: "Los poetas modernos que la humanidad adora son Musset, Hégesype, Moreau, Buron...." "...Algunos, muy pocos, han reunido á lo impecable de la forma exterior la grandeza del sentimiento humano: Heine, Baudelaire y Krasinsky", y termina hablando de la persona de Bazil. Bien se desengaña quien entra á la lectura del libro creyendo justas estas frases del prologuista: "Ha vivido, como Joás, su infancia á la sombra de un templo, y algo de puramente sacerdotal ha quedado sobre la frente de su estilo. *Arcos votivos* lo harán ver á sus lectores en su breviario poético, que parece escrito por la pluma semi-Edad media de Arolas, por un admirador de Tennyson, nacido en Santo Domingo, por azar."

En las poesías que contiene el libro, nadie podría rastrear la influencia de la lectura de Tennyson; tampoco se advierte espíritu religioso, ni del que se forma bajo el influjo de la iglesia, ni del que se despierta en las profundas contemplaciones; no hay tampoco espíritu místico

ni siquiera por imitación de Nervo. *Los templos* (que es una de las mejores composiciones de la colección) no es una visión suntuosa ni un himno místico; es una mezcla de plástica sobria y de evocación histórica.

“El silencio me invita  
á divagar. El alma de las cosas  
con la mía se cita  
sobre las grietas de las viejas losas”

No es dudoso que haya quien llame místicos estos versos (¡se afirman tantas cosas por escrito!) que á lo sumo podrían servir de prelude á alguna poesía en que, como suelen hacer ciertos hábiles alquimistas de sentimientos reflejados, la contemplación de la naturaleza, al modo de los poetas belgas, se mezclara con deliquios de oración, pero lo cierto es que el poeta de *Los templos* no siente el misterio. Su composición *Ya no hay misterio en las cosas*, por ejemplo, no lamenta sino la pérdida de la poesía del amor caballeresco.

Lo típico de este poeta es el sentimiento: un sentimiento sencillo, melancólico, romántico en el fondo, que con frecuencia aparece exagerado en tristeza, pero que cuando es sincero tiene expresiones delicadas, como en muchos versos de *Alma*, *Alba*, *Grecia romántica*, *A Julio Flórez*, *Musa de poeta*. En *El milagro del mirto*, consagrado á honrar al poeta Pichardo, alcanza una expresión noble, de suave serenidad.

Con este sentimiento, si se esfuerza por traducirlo siempre con sinceridad, podrá Bazil llegar á distinguir su personalidad de poeta. Pero si quiere ser modernista, debe estudiar mejor la técnica de los poetas de esta escuela, los de Europa lo mismo que los de América, para evitar la fraseología despovista de sentido en que abunda; si quiere aprender á cantar el misterio de las cosas, debe leer á Rodembach; si quiere saber de

Grecia, para efectos decorativos, debe buscarla aunque sea en el paganismo siglo XVIII de Henri de Regnier y la Condesa de Noailles; y en general, debe perfeccionar la forma, sobrado incorrecta, para evitar al menos yerros tan visibles como la asonancia de consonantes y la escasa variedad de imágenes.

*Citerea* es obra de un escritor ya ventajosamente conocido. Forman el pequeño y elegante volumen, de la Biblioteca Mignon, cuatro breves poemas dramáticos en prosa, en los que se sintetizan sueños y morbos del alma moderna. Tulio M. Cestero muestra estar saturado de literatura contemporánea; es también un observador, un penetrante analista de estados del alma. Las tragedias condensadas de este volumen son intensas y dolorosas; y el estilo en que están escritas es vigoroso, de plasticidad ondulante bajo la cual late el ritmo de los nervios. *La Enemiga* y *La Gorgona* revelan la influencia d'annunziana. La última, además, con cierta reminiscencia del espíritu trágico escandinavo; *El Torrente*, suerte de símbolo de París, es la más mundana; y *La sangre* la más finamente poética. *Citerea* ha recibido entusiasta acogida en España y América; pero por mi parte prefiero la obra anterior de Cestero, que probablemente circuló menos: *El jardín de los sueños*, sobre todo aquellas hondas páginas de *Alma dolorosa* y *Sanguina*.

De los dos libros de Américo Lugo, el de *Ensayos dramáticos* es el mejor logrado. Ni por el procedimiento, ni por los temas, ni por el lenguaje, son dramáticos estos *Ensayos*. Pero el estilo es en todos ellos castigado y lleno de imágenes, principalmente en el monólogo *En la peña pobre*; y la lectura del prólogo es deleitosa: es, por cierto, una dedicatoria al autor de *Citerea*.

El otro volumen, *Bibliografía*, nos muestra de cuerpo entero al escritor.

Tal parece que Américo Lugo no ha querido llamarse crítico, no dando á su obra título referente al género; y en el curso del libro declina la designación. En realidad, no se revela Lugo un verdadero crítico; de un trabajo á otro se observan contradicciones de concepto: su erudición sufre flaqueos como éste: en el artículo *Libros* recomienda, en materia de filosofía, á Platón, Aristóteles, Descartes y... Montesquieu; su elogio de diversas obras nos parece, aún sin conocerlas, excesivo, y conociendo á Montalvo se comprende que lo es; el autor de la *Geometría moral* es de los pocos grandes que ha producido la América, pero nunca el paralelo de Cervantes. Pero si no un crítico, Lugo es un espíritu capaz de sentir la belleza en las obras de arte y aun de construirla en el vacío, cuando la obra de que habla la tiene es-

casa. Es el suyo uno de los estilos más seductores que pueden leerse hoy en castellano; en él se revela un gran poder imaginativo, un verdadero don de expresarse en imágenes sugestivas, estudio de los clásicos. Páginas tuyas hay que, por la elegancia semi-arcaica, podrían ponerse junto á las de Valle-Inclán y Gabriel Miró. Delicias son un elogio de los libros, su alabanza del cuento, su tributo á la poesía; hay todo un arte en sus reminiscencias y un sello personal, selecto en sus comparaciones. Entre los trabajos de este libro, es el más importante, por la doctrina, el consagrado á Montalvo; muy útil por los datos que suministra á quienes nos interesamos por las letras hispano americanas, *Las Notas* sobre el movimiento literario de Santo Domingo.

L. G.





# AGNUS DEI

Vibran las graves músicas del coro  
con sublime nostalgia de martirios;  
en el florido altar, los litargirios  
brillan doquiera en constelado lloro.

Paladines del místico decoro,  
galanes de las rosas y los lirios,  
con sus rubios fulgores, son los cirios  
tropel temblante de luceros de oro.

Tiempo es de alzar; sonó la campanilla;  
oscura mies, la multitud se humilla  
entre un sordo aleteo de oraciones.

¡Y es la hostia blanca dirigida al cielo,  
alba gaviota que remonta el vuelo  
sobre una tempestad de corazones!

ALFREDO GÓMEZ JAIME.

De "Rimas del Trópico."





## TEATROS

La solemnidad teatral más grande en estos finales del año, fué la corta temporada que hizo en el Teatro Principal la compañía María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Había que ver en la noche de la inauguración, lo mismo que en las subsiguientes funciones, la sala del Coliseo Nuevo. En plateas y butacas lucían su belleza y su elegancia las damas más distinguidas de nuestra sociedad y no faltaban tampoco los hombres más conocidos en los círculos elegantes é intelectuales. La obra elegida para inaugurar la temporada fué «El Vergonzoso en Palacio», del teatro clásico español. Y seguramente que nadie mejor que María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, para interpretar los tipos creados por los ingenios españoles que dieron brillo al teatro del siglo XVII; gracias á ellos todavía nos deleitan y nos conmueven las comedias y dramas genuinamente españoles. Y si á esto se añade el hecho indiscutible de que aparte del «Quijote», verdadero monumento de arte, nada existe en la literatura española que aventaje en fecun-

dididad y belleza al teatro antiguo, podemos afirmar que es verdaderamente de sentirse que la compañía española no nos representara mayor número de obras de ese teatro. Pero de todas maneras, los entusiastas aplausos con que nuestro público manifestó su aprobación y su simpatía á la homogénea compañía, fueron francos y bien ganados. María Guerrero es una actriz de gran talento, tan gentil y donairoso en lo cómico, como arrogante y conmovedora en lo trágico. En cuanto á Fernando Díaz de Mendoza, si sus triunfos como actor fueron grandes, no lo fueron menos como director de escena, pues las obras las supo montar con propiedad y lujo. En general, la impresión que nos deja la compañía española, difícilmente se borrará y sólo nos consuela de su ausencia la idea de que muy pronto acudiremos á aplaudir en el por hoy nuestro primer coliseo, á la actriz italiana Tina di Lorenzo, que según noticias de la prensa extranjera, es una artista de talento, elegante y de extraordinaria belleza.



MARÍA CONESA EN «LA GATITA BLANCA.»  
(NOTABLE BAILARINA QUE ACTÚA EN EL TEATRO PRINCIPAL.)



No podemos resistir al deseo de copiar lo que el conocido cronista de teatros «Zeda» dijo de Tina di Lorenzo cuando esta artista actuó en el teatro de la Comedia de Madrid en Abril del año pasado: «Tina di Lorenzo, dice el referido cronista, como todas las verdaderas artistas, reveló muy pronto sus aptitudes y aficiones estéticas. Aunque nació en Turín, puede considerársela siciliana, puesto que pasó su niñez y su adolescencia en aquella hermosa isla poblada de recuerdos clásicos. Apenas contaba diez años cuando se presentó ante el público, y poco tiempo después, en una modesta compañía que recorría las poblaciones pequeñas inmediatas á Nápoles, desempeñó ya los papeles de primera actriz. Su primer triunfo escénico obtúvolo desempeñando el papel de Dionisia en la célebre obra de Dumas.

«De día en día ha ido creciendo desde entonces su fama, y en Italia primero y en América después, lo mismo que ahora en Madrid, es celebrada como excelente artista. Puede decirse que ha interpretado todos los personajes femeninos del teatro moderno y los más importantes del teatro que pudiéramos llamar internacional. La Nora de «Casa de Muñecas», la Mariana de «El Dédalo», «Francesca de Rimini», «La Locandiera» «La Samaritana», «Tona», «Zaza», «Margarita Gautier», «Julietta» y tantas otras hermosas creaciones tienen en Tina di Lorenzo primorosa encarnación.

«Tina es casada. Casóse por amor con actor también muy distinguido llamado Falconi. Así es que, como dice uno de sus biógrafos, después de haber negado su mano á condes, marqueses, príncipes, literatos y grandes industriales que pretendían hacerla su esposa obligándola á abandonar su arte predilecto, cedió con gusto á las amorosas súplicas de aquel compañero suyo, consintiendo gozosa y confiada en compartir con él su destino.

«La hermosa artista, además de belleza y distinción, tiene lo que los andaluces llaman «angel,» algo que es como un fluido de simpatía que se irradia de ciertas personas. Tina di Lorenzo no sólo parece hermosa á los hombres; también, caso extraño, las señoras la elogian con entusiasmo. Cuando se presenta en la escena, recorre la sala un murmullo que por fuerza ha de ser halagador para la artista: triunfa con sólo su presencia. . . . . Lo mismo ella que sus compañeros, entre los cuales se distingue su esposo Falconi y Carini, director de la compañía, trabajan con escrupuloso esmero y ponen, como suele decirse, su alma toda en sus respectivos papeles.

«En otra cosa excede también la compañía que actúa al presente en la Comedia á la mayor parte de las compañías extranjeras que pasan por Madrid.

«Me refiero al buen gusto y riqueza con que presenta las obras. Los cómicos de otras partes, particularmente los franceses, en las rápidas excursiones que hacen á España, representan sus comedias con un decorado verdaderamente vergonzoso; la compañía de Tina di Lorenzo por lo contrario, cuida con intachable escrupulosidad hasta de los más pequeños pormenores de la decoración y de la indumentaria.»

Después continúa Zeda haciendo una crónica detallada de todas las obras representadas por Tina di Lorenzo en el teatro de la Comedia, y termina diciendo: «En honor á la verdad, aunque los protagonistas de todos estos dramas ó comedias han sido interpretados en Madrid por actrices tan eminentes como Sarah Bernhardt, Eleonora Duse, la Simoes y la Mariani, de justicia es reconocer que Tina di Lorenzo, si no ha eclipsado el recuerdo de aquellas artistas, sale airoosamente de la comparación con ellas.»

Ojalá podamos nosotros, después de

haberla visto, confirmar plenamente el anterior juicio del cronista madrileño.

\* \* \*

Más deficiente de lo que ya es, quedaría la presente crónica, si no hablásemos en ella de otro género de espectáculo también teatral. Nos referimos al llamado «género chico.» El sólo nombre de «tandas,» suscita en ciertas personas la idea de que van á presenciar algún sainete soez con grotescas payasadas, y ésto es una injusticia notoria. Es cierto que hay muchas obrillas de ese género donde abundan los retruécanos y los juegos de palabras con exposición de mallas más ó menos rellenas, ó bien que son melodramas comprimidos y cursis donde el perpetrador de tales esperpentos ensalza los vicios de chulapos y gente baja; pero también es cierto que en este género encontramos con bastante frecuencia, piecitas que no carecen de ingenio, y algunas de ellas hasta con valor artístico. Dígalo si no, la última obra de los Quintero, estrenada este mes por la empresa Arcaraz Hnos., titulada «La Patria Chica.» Apesar de

que esta obrilla no tiene el mérito de otras muchas de los mismos autores, se nota, sin embargo, en ella, el ingenio de los hermanos Quintero, una penetrante observación de la realidad, los tipos perfectamente estudiados y en toda ella un sincero y noble patriotismo. No cabe duda de que actualmente ésta es la mejor obra que se representa en el Teatro Principal, y el desempeño es bastante aceptable.

María Conesa, notable bailarina y graciosa tiple, está haciendo las delicias del público que asiste al Principal. Desde el día que «debutó,» su gentil y delicada figura se impuso al público, y aunque alguien, fundándose en falsas moralidades y en «pudibundeces» extemporáneas, quiso opacar sus triunfos, no lo consiguió; puesto que el público sigue llevando noche á noche las tandas en que ella trabaja y premiando con justos aplausos su notable labor de bailarina y la exquisita gracia que nunca la abandona.

E. de B. E.



pacios del techo, centelleaban, produciendo manchas luminosas. Cogía por el cuello las ánforas colgadas de las paredes, se refrescaba el pecho con anchos abanicos y á veces se entretenía en quemar sinamomo en el hueco de las perlas. Al ponerse el sol, Taanach quitaba las losas de fieltro que tapaban las aberturas de los muros, y entonces sus palomas, frotadas con almizcle como las de Tanit, con las patitas rosadas, se deslizaban sobre las losas de cristal entre los granos de cebada que les echaba: de súbito estallaba en sollozos y permanecía tendida en el gran lecho de correas, inmóvil, con los ojos abiertos, pálida como una muerta, insensible, fría.

Algunas veces, durante días enteros, rehusaba alimentarse. Salammbó veía en sueños astros y cometas que pasaban bajo sus pies; entonces llamaba á Schahabarim, y cuando éste venía á su lado no sabía qué decirle. Y no podía vivir sin su presencia, pero interiormente se rebelaba contra esa dominación; sentía por el sacerdote, terror, celos, y una especie de amor al mismo tiempo, en reconocimiento de la singular voluptuosidad que se apoderaba de ella, cuando le tenía cerca.

No había nadie en Cartago que fuese tan soberbio como él. En su juventud estudió en el colegio de los Mogbets, cerca de Babilonia; después visitó la Somotracia, Efeso, Tesalia, Judea, los templos de los nabateos, sepultados ahora entre arenas; y recorrió á pie desde las cataratas hasta el mar, el curso del Nilo. Con el rostro cubierto por un velo y agitando las antorchas, había echado un gallo negro á la hoguera que fulgura ante la Esfinge, Madre del terror. Bajó á las cavernas de Proserpina, sus ojos vieron dar vueltas á las quinientas columnas del laberinto de Lemnos y resplandecer el candelabro de Tarcuto, que tenía tantas luces como días hay en el año. A veces, durante la noche, recibía viajeros griegos para interrogarles. La génesis del mundo era objeto de sus observaciones; estudió en el pórtico de Alejandría los equinoccios; acompañó á Cyrene á los bematistas de Evergeta que miden el cielo calculando el número de sus pasos, y de todos aquellos estudios nació en su mente la idea de una religión nueva sin fórmulas ni dogmas, y por lo mismo llena de vértigos y ardores. No creía que la tierra tuviera la forma de una piña. Imaginándola redonda y cayendo eternamente en la inmensidad con tan prodigiosa rapidez que no se advierte la caída.

De la posición del sol sobre la luna, deducía el predominio del Baal, del que el astro no es sino el reflejo y la figura; y de todo lo que deducía de las cosas terrestres pensaba que era preciso reconocer como supremo principio la virilidad exterminadora. Acusaba secretamente á la Rabbet del infortunio de su vida. ¿No era acaso por ella, que en otro tiempo el gran pontífice le arrancó bajo una pátera de agua hirviendo su virilidad futura? Seguía con mirada melancólica á los hombres que al lado de las sacerdotisas se ocultaban entre los grupos de los terebintos.

Palabras extrañas se le escapaban alguna vez, deslumbrando á Salammbó como amplics relámpagos que iluminan los abismos.

A veces le exponía la teoría de las almas que bajaban á la tierra siguiendo el mismo camino que el sol por los signos del zodiaco.

—Las almas de los muertos,—decía,—se disuelven en la luna como los cadáveres en la tierra. Las lágrimas forman su humedad, y aquel es un lugar obscuro, lleno de barro, de despojos y de tempestades.

Salammbó preguntaba cómo acabaría ella.

—Primeramente languidecerás ligera como una nube que flota sobre las olas, y después de pruebas y angustias infinitas, irás al hogar del sol, al manantial mismo de la Inteligencia.

No le hablaba nunca de la Rabbet. Salammbó creía que era por pudor, y llamándole por un nombre común que desigualaba la luna, llenaba de bendiciones al astro fértil y suave. El sacerdote exclamó.

—¡No, no! al otro debe toda su fecundidad. ¿No la ves rodar de continuo en torno de él como una mujer enamorada que corre detrás de un hombre por los campos?

Y sin cesar exaltaba la virtud de la luz.

Aun cuando el sacerdote dudaba de Tanit, esforzabase por creer en ella. En el fondo de su alma sentía un remordimiento que le punzaba. Hubiera necesitado alguna prueba, una manifestación de los dioses, y esperando tenerla, imaginó el sacerdote una empresa que podía salvar á una vez su creencia y su fe.

De continuo deploraba ante Salammbó el sacrilegio y las desdichas que engendraba has'a en las regiones del cielo. Luego de repente, le anunció el peligro del Suffeta, asaltado por tres ejércitos mandados por Matho; pues Matho, para los cartagineses, era como el rey de los bárbaros á causa del velo. Añadió que la salvación de la República y de su poder dependía de ella.

—¿De mí?—exclamó,—¿cómo puedo....?

El sacerdote contestó con sonrisa desdeñosa:

—No consentirás en ello.

Le suplicaba. Por fin el sacerdote dijo:

—Es preciso que vayas al campamento de los bárbaros y recobres el zaimph.

Se desplomó sobre un escabel de ébano y permaneció con los brazos entre las rodillas, estremeciéndose como una víctima al pie del altar. Zumbábanle las sienes, veía círculos de fuego, y en su estupor, no comprendía sino una cosa: que iba á morir.

Si la Rabbetna triunfaba, si el zaimph parecía y Cartago se salvaba, ¿qué importa la vida de una mujer? pensaba Schahabarim. Por otra parte, quizá obtendría el velo y no moriría.

Estuvo tres días sin parecer. El cuarto, ella le envió á buscar. Para inflamar su corazón le relató todas las inventivas que se lanzaban contra Hamílcar en pleno Consejo.

Se decía que había faltado, que debía reparar su crimen, y que la Rabbetna ordenaba el sacrificio.

A menudo formidable clamor atravesando los Mappales, llegaba hasta Megara. Schahabarim y Salammbó salían, y desde lo alto de la escalinata de las galeras miraban.

Era una muchedumbre que en la plaza de Khamón pedían armas. Los Antiguos no querían proporcionárselas, estimando inútil el esfuerzo. Por fin se les permitió marchar de Cartago, y para rendir homenaje á Moloch, ó por un vago instinto de destrucción, arrancaron de los bosques de los templos grandes cipreces y pegándoles fuego con las antorchas de los Kabyros los paseaban por las calles cantando. Aquellas llamas monstruosas se adelantaban balanceándose suavemente; enviaban sus reflejos á las bolas de cristal de las cresterías de los templos, á los colosos, y los espolones de los navíos, salvaban las moles de los edificios, y parecían como soles paseándose por la ciudad. Bajaron por el Acrópolis. La puerta de Malqua se abrió.

—¿Estás dispuesta,—exclamó Schahabarim,—ó bien quieres que se diga á tu padre que le abandonas?

Se ocultó el rostro entre los velos, mientras las grandes antorchas se alejaban con dirección al mar. Un espanto indeterminado le detenía, tenía miedo de Moloch, miedo de Matho. Aquel hombre de gigantesca talla que era dueño del zaimph, parecíale más fuerte que la Rabbetna, como el mismo Baal, y le aparecía rodeado de los mismos fulgores; además, el alma de los dioses visita algunas veces el cuerpo de los hombres.

Schahabarim, hablando de aquél, ¿no le decía acaso que era forzoso vencer á Moloch? Confundidos estaban uno con otro; ambos la perseguían.

Quiso conocer el porvenir y se acercó á la serpiente, pues según las actitudes que ésta tomaba deducíanse augurios. La cesta estaba vacía. Salammbó turbóse. La halló enroscada por la cola á uno de los balaustres de plata, cerca del lecho suspendido, frotándose contra aquel para desembarazarse de su piel vieja y amarillenta mientras su cuerpo reluciente y claro se estiraba como una espada que sale de su vaina.

SALAMMO



Luego, durante los días siguientes, á medida que se dejaba convencer y se mostrabamás dispuesta á servir á Tanit, el pythón curaba, engruesaba, parecía vivir.

La certeza de que el sacerdote expresaba la voluntad de los dioses, penetró entonces en su conciencia. Una mañana se despertó decidida y preguntó lo que era preciso para que Matho devolviese el velo.

—Reclamarlo.

—¿Y si rehusa?

El sacerdote la miró fijamente con una sonrisa que no le había visto jamás.

—Sí, ¿cómo hacerlo?—repitió Salammbó.

Arrollaba entre sus dedos las cintas que colgaban de su tiara, con los ojos bajos, inmóvil. Por fin viendo que no comprendía le dijo:

—Estarás sola con él.

—Bien.

—Sola en su tienda.

—¿Y entonces?

Schahabarim se mordió los labios. Busca! a una frase, un circunloquio.

—Si debes morir, será más tarde,—le contestó;—no temas nada! ¡Haga lo que quiera no lla-  
mes! ¡No te asustes! Sé humilde, ¿oyes? ¡sometete á su deseo!

—¿Y el velo?

—Los dioses proveerán,—contestó el sacerdote.

—¿No sería mejor que me acompañases? ¡Oh, padre!

—¡No!

La hizo poner de rodillas, y levantando la mano izquierda en lo alto y la derecha extendida, juró en nombre de ella, volver á Cartago el manto de Tanit.

Le indicó todas las purificaciones y ayunos que debía hacer, y el modo de llegar hasta Matho. Por otra parte un hombre que conocía los caminos la acompañaría.

Se sentía dichosa. No pensaba más que en la dicha de ver de nuevo el zaimph y bendecía al sacerdote por sus consejos.

Era la época en que las palomas de Cartago emigraban hacia Sicilia á la montaña de Eryx, alrededor del templo de Venus. Antes de su partida durante muchos días se buscaban para reunirse; por fin tomaron vuelo una tarde; el viento las empujaba, y aquella gran nube blanca deslizábase por el firmamento, sobre el mar, muy alta.

Salammbó, que las miraba alejarse, bajó la cabeza, y Taanach, creyendo adivinar su pena, le dijo cariñosamente:

—Volverán, ama.

—Ya lo sé.

—Volverás á verlas.

—¡Quizás!—contestó Salammbó suspirando.

No había confiado á nadie su resolución. Para llevarla á cabo más discretamente, envió á Taanach al arrabal de Kinisdo á que comparara cuanto hacía falta: bermellón, aromas, un cinturón de lino, y un traje nuevo.

A las doce de la noche, vió en el bosque de sicomoros un ciego con la mano apoyada en el hombro de un niño que marchaba delante de él y que llevaba una especie de cítara de madera negra. Los eunucos, los esclavos, las camareras habían sido alejados, nadie podía saber el misterio que se preparaba.

Taanach encendió en los ángulos de la habitación cuatro tripodes con áloe y cardamomo. A lo lejos, el rumor de las calles se debilitaba y al otro lado del golfo, las montañas, los olivares y la

amarillenta tierra sin cultivo, ondulando indefinidamente; se confundían en un vapor azulado; no se percibía ningún ruido. Una calma indecible, una pesadez sin límites, palpitaban en el aire.

Salammbó sentóse en la grada de ónice junto al baño; levantó las anchas mangas que sujetó por detrás de la espalda, y empezó sus abluciones como disponen los ritos.

Taanach le trajo en un recipiente de alabastro algo líquido y coagulado; era la sangre de un perro negro degollado por mujeres estériles en una noche de invierno en las ruinas de un sepulcro. Con ella se frotó las orejas, los talones, el pulgar de la mano derecha, y su uña quedó enrojecida como si hubiera aplastado una fresa.

Apareció la luna. Entonces oyóse el sonido de una cítara y una flauta. Salammbó quitóse los aretes, el collar, los brazaletes, su larga simarra blanca; desató la mata de su pelo, y durante algunos momentos la sacudió sobre sus hombros para refrescarse al soltarla. Balanceando el cuerpo, Salammbó salmodiaba oraciones, y poco á poco iban cayendo sus vestiduras á su alrededor. La pesada tapicería se movió, y por encima de la cuerda que la sostenía apareció la cabeza del pyton. Bajó lentamente como una gota de agua que resbala á lo largo de una pared, arrastróse entre la ropa caída, y luego, con la cola pegada al suelo, se irguió; y sus ojos, más brillantes que carbunclos, se fijaban en Salammbó.

El horror del frío, ó una oleada de pudor quizá la hicieron vacilar. Pero recordando las órdenes del sacerdote se adelantó, y entonces la serpiente se dobló poniendo sobre su nuca el centro del cuerpo, y dejando colgar la cabeza y la cola como un collar roto cuyos dos extremos caen hasta el suelo. Salammbó enroscó la serpiente alrededor de sus caderas, bajo sus brazos, entre sus rodillas, y luego, tomándola por el cuello, aproximó su boca á las fauces triangulares del ofidio, echando atrás la cabeza y entornando los ojos. La serpiente apretaba contra aquel cuerpo juvenil sus negros anillos atigrados de placas de oro. Salammbó anhelaba bajo aquel peso demasiado grande, doblábanse sus corvas y se sentía morir; con la punta de su cola golpeaba suavemente sus muslos; después, al cesar la música, la serpiente se deslizó al suelo.

Taanach volvió junto á ella, y cuando hubo dispuesto los dos candelabros, cuyas luces ardían en bolas de cristal llenas de agua, tiñó con lausonia la palma de sus manos, dió bermellón á sus mejillas, antimonio á sus párpados, y alargó sus cejas con una mezela de goma, almizcle, ébano y patas de mesca aplastadas.

Salammbó, sentada en una silla con travesaños de marfil, se entregaba en manos de su esclava. Pero los contactos, el olor de los aromas, y los ayunos que había sufrido, la enervaban. Se puso tan pálida que Taanach se detuvo.

—Continúa,—dijo Salammbó reanimándose.

Entonces sintió impaciencia y procuró que Taanach fuera aprisa.

—¡Bien, bien, ama!... no creo que te espere nadie.

—Sí,—contestó Salammbó;—alguien me espera.

Taanach retrocedió sorprendida, y para saber de qué se trataba:

—¿Qué me ordenas, ama? Si debes partir por mucho tiempo...

Salammbó sollozaba, y la esclava dijo:

—¡Sufres! ¿Qué tienes? Llévame contigo. ¡No te vayas! Cuando eras niña y llorabas te ponías sobre mi pecho y te hacía reír acariciándote. ¡Ahora soy vieja, ya no puedo nada por tí! ¡Ya no me quieres! ¡Me ocultas tus dolores y desdeñas á tu nodriza!

La ternura y su despecho hacían saltar lágrimas de sus ojos, que caían entre las cicatrices de sus tatuajes.

—¡No,—dijo Salammbó,—no te quiero! Tranquilízate.

Taanach, con una sonrisa parecida á los visajes de un mono viejo, continuó su tarea. Sobre la primera túnica, vaporosa y de color de fresa, puso otra bordada con plumas de pájaro. Escamas de oro se pegaban á sus caderas, y del ancho cinturón bajaban los pliegues de sus pantalones.

nes azules estrellados de plata. Después Taanach le puso un amplio vestido blanco á rayas verdes. Sujetó á su hombro un chal cuadrado de púrpura, y por encima de todas aquellas prendas colocó un manto negro de larga cola. La contempló, y orgullosa de su obra, no pudo menos de decir:

—No estarás tan hermosa el día de tus bodas.

—¡Mis bodas!—repitió Salammbó pensativa.

Taanach puso ante ella un espejo de cobre tan grande que la reflejaba por entero. Entonces se levantó y con el dedo arregló un bucle de sus cabellos que bajaba demasiado sobre la frente.

Aquellos cabellos estaban cubiertos de polvo de oro, rizados sobre la frente, y caían por la espalda en gruesas trenzas adornadas de perlas.

La luz de los candelabros avivaba el colorete de sus mejillas, el oro de su traje, la blancura de su piel; tenía alrededor del talle, en los brazos, en las manos y en los dedos de los pies tal abundancia de pedrería, que el espejo, como un sol, devolvía sus rayos. Salammbó, de pie, sonreía entre aquella claridad deslumbradora.

Se paseó impaciente por la estancia esperando el momento convenido. De repente resonó el canto del gallo. Púsose un largo velo amarillo, hundió sus pies en unas botas de cuero azul, y dijo á Taanach:

—Mira si bajo los mirtos hay un hombre con dos caballos.

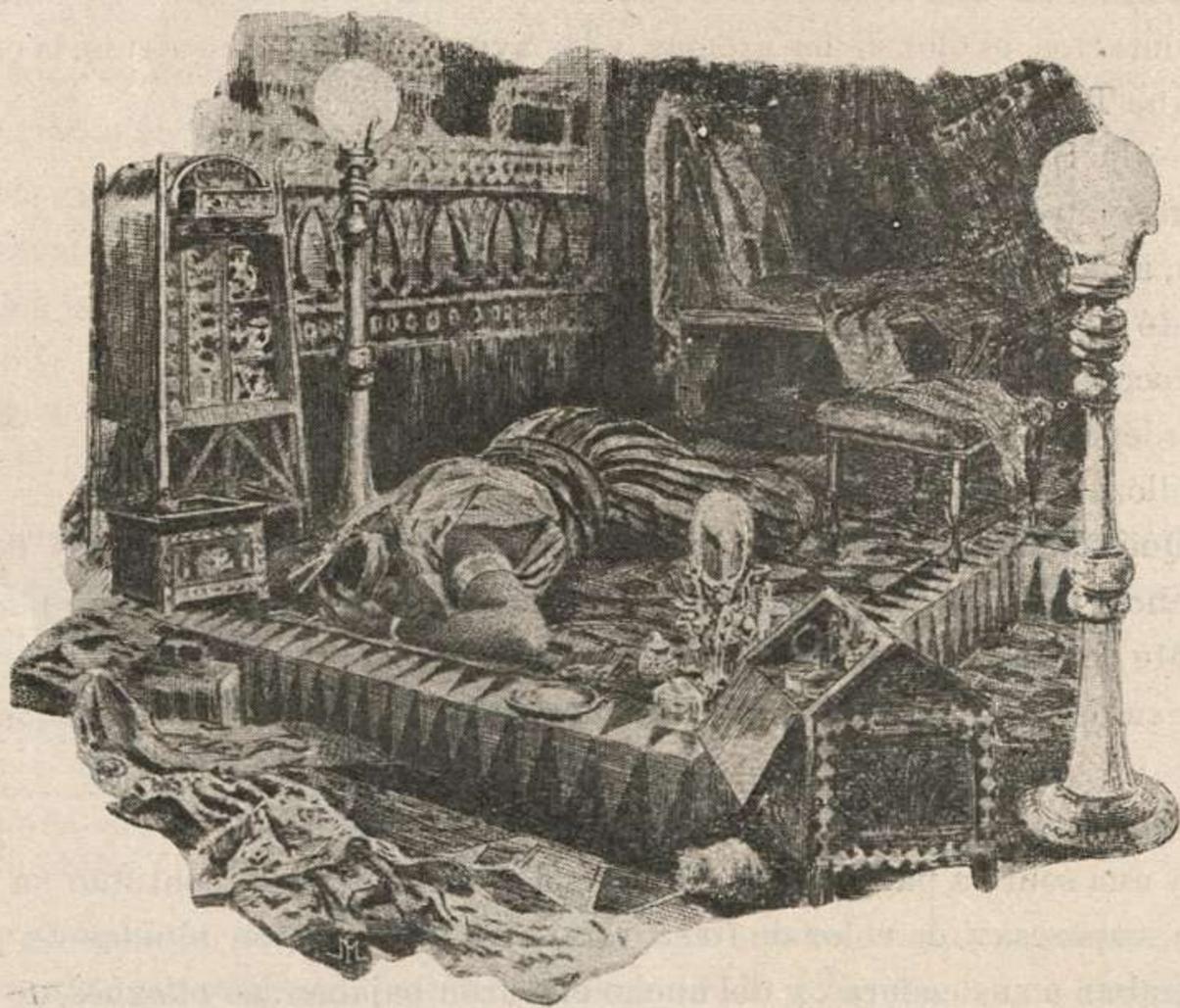
Al cabo de un momento la nodriza gritó:

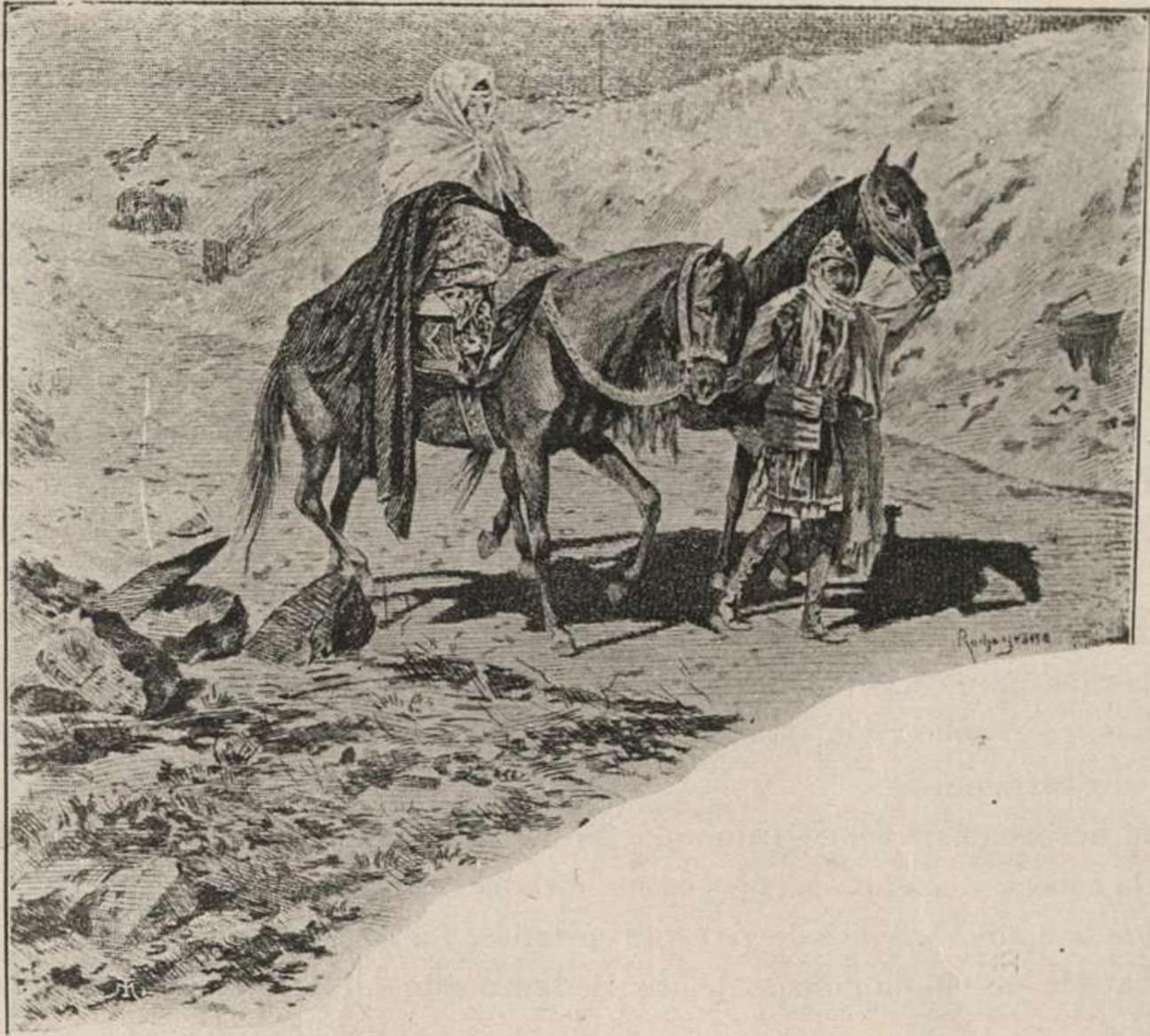
—¡Ama!

Taanach se deslizó suavemente á lo largo de las proas, hasta abajo de la terraza; Salammbó volvióse hacia ella, poniendo un dedo sobre la boca, recomendando discreción; y desde lejos, á la luz de la luna, la nodriza distinguió en la avenida de los cipreses una sombra gigantesca que caminaba á la izquierda de Salammbó oblicuamente, lo cual era un presagio de muerte.

Taanach volvió á subir á la habitación. Se echó en el suelo desgarrándose el rostro con las uñas: se mesaba los cabellos y lanzaba agudos alaridos.

Se le ocurrió la idea de que podían oírlos; entonces calló. Sollozaba sin ruido, con la cabeza entre las manos y el rostro sobre las losas del pavimento.





## XI

# EN LA TIENDA

El hombre que guiaba á Salammbó la hizo adelantar primero hacia las catacumbas, luego bajar á lo largo del arrabal de Moluya, lleno de callejuelas escarpadas. Los dos caballos al paso, llegaron á la puerta de Teveste.

Sus pesadas hojas estaban entreabiertas; pasaron: aquellas se cerraron detrás de ellos.

Primeramente siguieron un camino que corre á lo largo de las murallas, y una vez dejadas atrás las cisternas, enfilaron un camino que, entre el golfo y el lago, llega hasta Rbadés.

Nadie había alrededor de la ciudad, ni en el mar ni en la campiña. Las olas de color de pizarra batían nuevamente la playa y un viento ligero hacía saltar la espuma de sus crestas. A pesar de sus velos, Salammbó tiritaba al contacto del aire. Después se levantó el sol; mordía su espalda y su nuca, y á pesar de sus esfuerzos, sentía invencible somnolencia.

Cuando hubieron dejado atrás la montaña de las Aguas Calientes, los caballos tomaron un paso más vivo porque el suelo ofrecía mayor resistencia.

De cuando en cuando una pared medio calcinada se levantaba á orillas del camino. Los techos de casas y cabañas estaban hundidos, las paredes cuarteadas y en el interior no se veían sino muebles destrozados, jarras y ánforas rotas, telas desgarradas: por allí había pasado la devastación asoladora.

A menudo un rostro terroso aparecía entre aquellas ruinas y un cuerpo cubierto de harapos se ocultaba en algún agujero. Salammbó y su guía no se detenían.

Las llanuras abandonadas se sucedían unas á otras. A veces se veían rincones apacibles donde corría un arroyuelo entre altas hierbas. Salammbó, para refrescar las manos, cogía las hierbas húmedas. Junto á un grupo de laureles-rosas, el caballo de Salammbó dió un salto: había visto el cadáver de un hombre tendido en el suelo.

Por exceso de precaución, el guía de Salammbó, que era un hombre á quien Schahabarim empleaba para todas las comisiones peligrosas, iba á pie, junto á ella, entre los dos caballos.

A medio día tres bárbaros vestidos de pieles cruzaron con los viajeros. Poco á poco aumentaron en número y en cantidad los grupos de mercenarios. Al ver á Salammbó algunos murmuraban una benedición y otros alguna broma obscena. El guía les contestaba á todos en su lengua, diciéndoles que la hija del suffeta era un niño enfermizo que iba á un tiempo lejano.

Acababa el día. Oyéronse ladridos de perros; se acercaron hacia el punto donde resonaban.

Por fin vieron una cerca de piedras que resguardaba una construcción arruinada. Un perro corría por allí; el guía le lanzó guijarros y entraron en una sala abovedada.

En el centro, una mujer en cuclillas se calentaba junto á un fuego de zarzas, cuyo humo se escapaba por los agujeros del techo. Sus cabellos blancos, que le caían hasta las rodillas, la ocultaban á medias; y sin querer contestar, con expresión de idiota, murmuraba imprecaciones contra los bárbaros y cartagineses.

El guía buscaba á derecha é izquierda. No hallando nada que comer, volvió á la vieja. Ésta, sin volver la cabeza y con los ojos fijos en los carbones, murmuraba:

—Yo era la mano. Los diez de los están cortados. La boca ya no come.

El esclavo le enseñó un puñado de oro. Se lanzó sobre él la vieja; después volvió á su inmovilidad.

El hombre sacó un puñal y la amenazó. Entonces, temblando, la vieja sacó de debajo de una losa un jarro de vino y algunos pescados de Hippo Zaryta conservados en miel.

Salammbó no quiso tocar aquel manjar inmundo, y se durmió sobre las mantas de los caballos colocadas en un rincón.

Antes del alba se despertó.

El perro aullaba. El guía se acercó despacito á él y con un puñal le mató de un solo golpe. Después, con la sangre, frótó el morro de los caballos para reanimarlos. La vieja le lanzó una maldición. Salammbó, al verlo, apretó el amuleto que llevaba sobre el corazón.

De nuevo se pusieron en marcha.

De cuando en cuando preguntaba si llegarían pronto. El camino ondulaba entre colinas bajas. Se oía el canto de las cigarras. El sol quemaba la hierba amarillenta. A veces pasaba una víbora; volaban las águilas; Salammbó soñaba envuelta en su velo, y á pesar del calor no lo apartaba por temor á manchar su precioso traje.

De trecho en trecho había torres que levantaron los cartagineses para vigilar á las tribus. Entraban en ellas para descansar y refrescarse, y después volvían á marchar.

La víspera, por prudencia, habían dado un largo rodeo; pero ahora no hallaban ni un bárbaro siquiera; como la región era estéril, no se internaban en ella.

De nuevo aparecieron huellas de las devastaciones. A veces, en el centro de un gran campo se veía un mosaico; era el único resto de una quinta: los olivos sin hojas parecían grandes matas de espinas. Atravesaron una aldea cuyas casas estaban arrasadas. Junto á las paredes había esqueletos humanos. Mulos y dromedarios á medio devorar obstruían las calles.

Cerrada la noche el cielo estaba cubierto de nubes.

Durante horas siguieron con dirección á Occidente, y de pronto aparecieron ante sus ojos gran número de luces.

Brillaban en el fondo de un anfiteatro. Aquí y allá se veían manchas de oro que centelleaban







